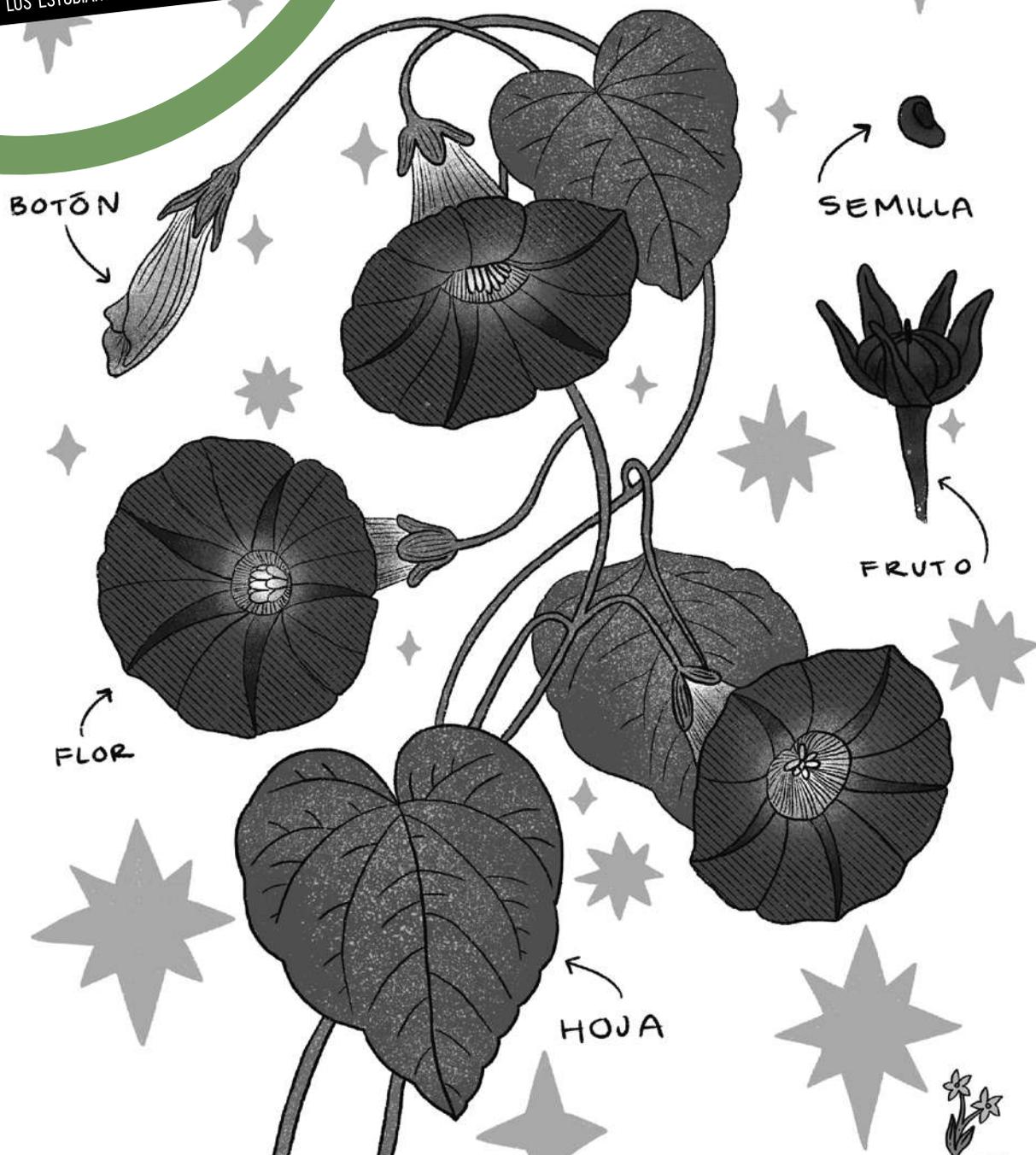


# punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 248  
ISSN: 0188 - 381X

N  
A  
T  
U  
R  
A  
L  
E  
Z  
A



punto  
de partida

No. 248

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas  
**Rector**

Rosa Beltrán  
**Coordinadora de Difusión Cultural**

Julia Santibáñez  
**Directora de Literatura  
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

**Dirección:** Carmina Estrada  
**Edición:** Aranzazú Blázquez Menes  
**Redacción:** Alejandro Arras  
**Diseño original:** Jonathan Guzmán  
**Diseño de este número y  
dirección de arte:** Anilú Zavala  
**Difusión:** Axel Alonso  
**Asistencia secretarial:** Silvia Rodríguez  
**Impresión en offset:** Litográfica Ingramex, S.A.  
de C.V. Centeno 162-1,  
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad  
de México, 09810.

**Punto de partida**, Dirección de Literatura y  
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa  
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad  
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,  
04510.

[puntodepartida.unam.mx](http://puntodepartida.unam.mx)  
[puntoonlinea.unam.mx](http://puntoonlinea.unam.mx)  
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a  
[puntodepartidaunam@gmail.com](mailto:puntodepartidaunam@gmail.com)

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus  
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

*Punto de partida* es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección  
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad  
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:  
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.  
Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam  
 @P\_departidaunam  
 @puntodepartida\_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel  
cultural de 90 gramos, forros en cartulina  
Loop Antique Vellum de 216 gramos.

NOVIEMBRE — DICIEMBRE

EDITORIAL

Editorial . . . . . 5

NATURALEZA

*Exilio del jardín.* Diego Montoya . . . . . 8  
*Sembrar un jardín interior.* Alfonso Salas . . . . . 10  
*Morir y renacer.* Luiyi Kintero . . . . . 16  
*Lo que cae del monte.* Alejandra Gregorio . . . . . 20  
*El silencio de lo vivo.* Rafael Ramos Alvarado . . . . . 23  
*Ningún camarón con vida.* Jacobo Molina Ruano . . . . . 25  
*Tengo la cuenca de México en el ojo.*  
Ángela Almendra Almonaci Buendía . . . . . 28  
*Sin remedios.* Julio Yáñez . . . . . 30  
*La mañana que supe por qué se expande  
el universo.* Andrea Martínez . . . . . 32  
*Estaciones.* Mario Ulises Maya Martínez . . . . . 34  
*El Cerro del Caballo.* Celsa Victoria Ortiz . . . . . 38  
*Dos versiones del agua.* Rubén Esparza . . . . . 42  
*Pasos sobre los flujos piroclásticos de Oriente Medio.*  
Marcos A. Medrano . . . . . 46  
*Lahar.* Ana Virgen . . . . . 55

CARRUSEL

*Una música singular.* Erick Rodríguez . . . . . 58  
*Nativas de las calles: al rescate de las plantas  
originarias del Valle de México.* Alejandra Hernández Ojendi . . . . . 62  
*El jardín de los ídolos de Georgina Moctezuma.*  
Ariatna Gamez Soto . . . . . 66  
*Una nueva generación poética en Nigeria.*  
Ámbar Michel de la Selva . . . . . 68

TINTA SUELTA

*Comer verduras, un acto de rebeldía.*  
Karen Fernanda Chávez Torres . . . . . 71  
  
Colaboradores . . . . . 75



**Elisa Hernández Celis**  
**"Mambruu"**  
 (Pachuca, 1989).  
 Ilustradora y animadora.  
 Actualmente trabaja  
 como animadora 2D en  
 Pictoline.  
 @ mambruu



CONTRAPORTADA



**Sofia Altieri "Caos Ilustrado"**  
 (Puebla, 1994).  
 Es dibujante y muralista.  
 @ caosilustrado  
 sofiaaltieri



## Editorial

NO HAY MANERA DE ELUDIR A LA NATURALEZA. Su existencia es todos los tiempos: desde el pasado remoto que nos antecede hasta nuestro presente —nos constituye y nos rodea—, y pase lo que pase con nosotros, u ocasionemos lo que ocasionemos, la naturaleza será. Es tal su maravilla que seguramente nunca dejará de ocupar incontables páginas y lienzos, como lo ha hecho desde hace muchos siglos. La elegimos para cerrar la línea editorial de este año, que tuvo como eje lo cotidiano, y para indagar qué significa para las generaciones de jóvenes. Y aunque lo natural nos remite casi siempre a la exuberancia de lo vivo, la respuesta a la convocatoria para este número fue, en cierto sentido, triste, porque da cuenta de que hoy es mayormente sinónimo de emergencia, anhelo y catástrofe. Pero tampoco es sorpresa, lo vemos todos los días y ahora más que nunca comenzamos a vivir las consecuencias de la contaminación y la sobreexplotación del medio ambiente.

El *dossier* comienza con tres poemas de Diego Montoya: en "Certamen del jardín" partimos de un escenario cotidiano con el pasto como espectador, bajamos al hummus con "No toda la tierra", y luego volteamos la mirada al paisaje con "Atardece". Alfonso Salas escribe el ensayo "Sembrar un jardín interior", sobre los parques públicos, la mimesis de lo natural en la arquitectura desde la mirada de Montaigne y el deseo de un espacio verde en el hogar para refugiarse de la omnipresencia citadina del cemento.

Otra inquietud son los incendios forestales: "Morir y renacer" es una crónica de Luiyi Kintero que transmite la adrenalina, la frustración y el temor de quienes trabajan combatiendo incendios. El ensayo "Lo que cae del monte" de Alejandra Gregorio pone el acento en el cuidado de los otros seres vivos, los animales no humanos para quienes no somos refugio cuando el fuego arrasa. Y más adelante, el cuento "El Cerro del Caballo" de Celsa Victoria Ortiz es una historia de atracción y desencuentro que trae a cuenta el conflicto de las reservas naturales y los desarrollos inmobiliarios.

Los poemas de Rafael Ramos Alvarado nos conducen del bosque al agua, "El silencio de lo vivo" agrupa dos poemas que nos regalan dos imágenes: el misterio divino de los árboles y la primera manifestación de la muerte. Al borde del río, Jacobo Molina Ruano habla del problema de la contaminación de los ecosistemas y los carpetazos en el cuento "Ningún camarón con vida". Sigue el poema "Tengo la cuenca de México en el ojo", de Ángela Almendra Almonaci Buendía, que es un lamento por la sequía y los paisajes perdidos. Y en la minificción "Sin Remedios", de Julio Yáñez, la oscuridad de la contaminación del río absorbe la vida y escupe la memoria de mejores tiempos.

 POESÍA

 NARRATIVA

 ENSAYO

 ENTREVISTA

 RESEÑA

 ILUSTRACIÓN

 FOTOGRAFÍA

 CÓMIC

De esta negrura saltamos al infinito del espacio con una crónica de Andrea Martínez sobre la fascinación que generan los misterios de la física en los “Pautitas”, los pequeños científicos de entre 6 y 12 años del Programa Adopte un Talento (PAUTA). Después siguen cuatro haikus de Mario Ulises Maya Martínez, con una planta por cada estación del año. Rubén Esparza comparte “Dos versiones del agua”: en el poema “Nubes” expresa el temor de lo efímero, mientras que en “Hablemos de langostas” nos interpela la crueldad oculta tras los manjares. Le sigue “Pasos sobre los flujos piroclásticos de Oriente Medio”, un ensayo de Marcos A. Medrano quien, a través de la metáfora de la erupción volcánica como un gran sudario, se cuestiona el papel de la literatura y el cine ante los conflictos políticos. En el mismo paisaje, Ana Virgen cierra con “Lahar”, un poema desde la mirada de la materia volcánica.

En Heredades Erick Rodríguez explora la peculiaridad del lenguaje visual y sonoro que encuentra en las obras de Petrona Viera, pintora uruguaya de finales del siglo XIX. Para Entre voces, Alejandra Hernández Ojendi conversó con los integrantes de Nativas de las calles, un proyecto que busca visibilizar la diversidad de las plantas nativas y su importancia para la conservación de los ecosistemas. En Bajo cubierta Ariatna Gamez Soto reseña *El jardín de los ídolos*, de Georgina Moctezuma, y Ámbar Michel de la Selva lo hace sobre *Tres preguntas. Poetas jóvenes de Nigeria*, poemario compilado y traducido por Ezequiel Zaidenweg. Cerramos con un cómic de Karen Fernanda Chávez Torres: “Comer verduras, un acto de rebeldía”. A este número lo acompañan extraordinarias fotografías y trabajos gráficos de Gabriela Galindo, Alejandra García, Carlos López, Ximena Pimentel, Isabel Tello, Sofía Altieri y Elisa Hernández Celis.

Con esta edición despedimos el año, ¡felices fiestas, querida comunidad lectora! 

Aranzazú Blázquez Menes

# Naturaleza



# Exilio del jardín

DIEGO MONTOYA

## Certamen del jardín

Bordeado de botellas retornables  
que cubren varillas irregulares,  
peines del viento  
que quieren rasgar las nubes,  
se extiende el gran estadio del jardín.

Adentro, acrobacias de sonidos,  
pájaros atletas haciendo extensiones,  
pájaros de piar maratonista  
pájaros de saltos sobre garrocha  
que ascienden y caen desesperados  
por no alcanzar las nubes.

Plegados en las gradas de las rejas,  
la gran masa verde del público  
prefiere la alegre contemplación,  
evade el protagonismo, su angustia  
y Ella, como el público multiforme del pasto,  
queda impávida, sonriente,  
ante el espectáculo.

## No toda la tierra

No toda la tierra es provechosa  
hay tierra demasiado blanda, inestable  
que tiene vocación de remanso  
tierra lenta que se entretiene abriendo  
uno a uno, los pétalos encendidos  
de las flores silvestres,  
tierra que regala al paseante  
algunos frutos maltrechos,  
y a quien la mira,  
el ignorado fruto  
del verdor y el consuelo.

## Atardece

Atardece tan pronto  
tan inesperadamente  
en este andar intranquilo  
y vemos solamente  
un dorado resplandor  
tan hermoso, tan breve  
un sol que exhala su brillo  
en el borde de la noche  
entre las copas de árboles  
bendecidos.

# Sembrar un jardín interior

ALFONSO SALAS

1

ENCUENTRO POCAS COSAS TAN GRATIFICANTES en la ciudad como los parques públicos. Oasis en medio de una jungla de asfalto, la presencia de estas pequeñas sucursales del paraíso son refugio para el peatón imbatible, los amantes suspendidos en la caricia o los perros que encuentran en ellas el rastro que los reconecta con la tribu inicial.

Los parques son verdaderas reconquistas de la naturaleza en medio de la urbe. Su mera existencia nos lleva a cuestionarnos la forma en que los habitantes de la polis nos relacionamos con el ambiente. Pese a las pretensiones fundadoras de la ciudad como sitio paradigmático de civilización, donde se reúnen técnica, conocimiento y bienestar común, estos espacios verdes condensan en unos cuantos metros cuadrados la respuesta a las promesas olvidadas por el progreso: descanso, goce, vida.

Aunque la idea de extraer un fragmento de la naturaleza para recrearlo en otro lugar no es de ningún modo reciente (los registros de sus antecesores, los jardines antiguos, datan de la época babilónica), los parques públicos en entornos urbanos desafiaron hasta hace muy poco tiempo la historia de las ciudades. Originalmente situados en jardines privados de la alta burguesía y la aristocracia del siglo XIX, estos espacios fueron estudiados por algunos paisajistas ingleses, quienes se dieron a la tarea de trasladar aquellos hábitats artificiales al corazón de los centros urbanos. París, Barcelona o Londres fueron algunas de las primeras metrópolis europeas que vieron reconfigurado su paisaje urbano y dotado de un corazón palpitante su centro. Gracias a la intervención de utopistas entregados al afán de contrarrestar la hostilidad propia de las ciudades, se idearon estos espacios para la relajación después de un día de trabajo extenuante.

En efecto, los parques públicos tienen en su origen la función social de regenerar la energía del proletariado para la reincorporación de sus agentes al ciclo de reproducción económica. No obstante, sería absurdo asumir que los postulados del diseño funcionalista eclipsan cualquier otro tipo de relación con la naturaleza en las ciudades. Bajo una percepción meramente utilitaria, los parques, jardines y colecciones botánicas pierden parte importante del sustrato que anima la relación con la vida misma. La dicotomía poco comprendida entre naturaleza y civilización tiene sus matices, pues la aparente polaridad entre ambas entidades no es sino una forma de simplificar la distribución de los espacios, al igual que el pensamiento. Para aquellos que nos ocupamos tan afanosamente por reconocernos en las calles y en los paseos de otros desocupados, vale la preguntarse ¿qué tanto ha cambiado nuestra relación con la naturaleza en la urbe a lo largo de los siglos?

Carlos López

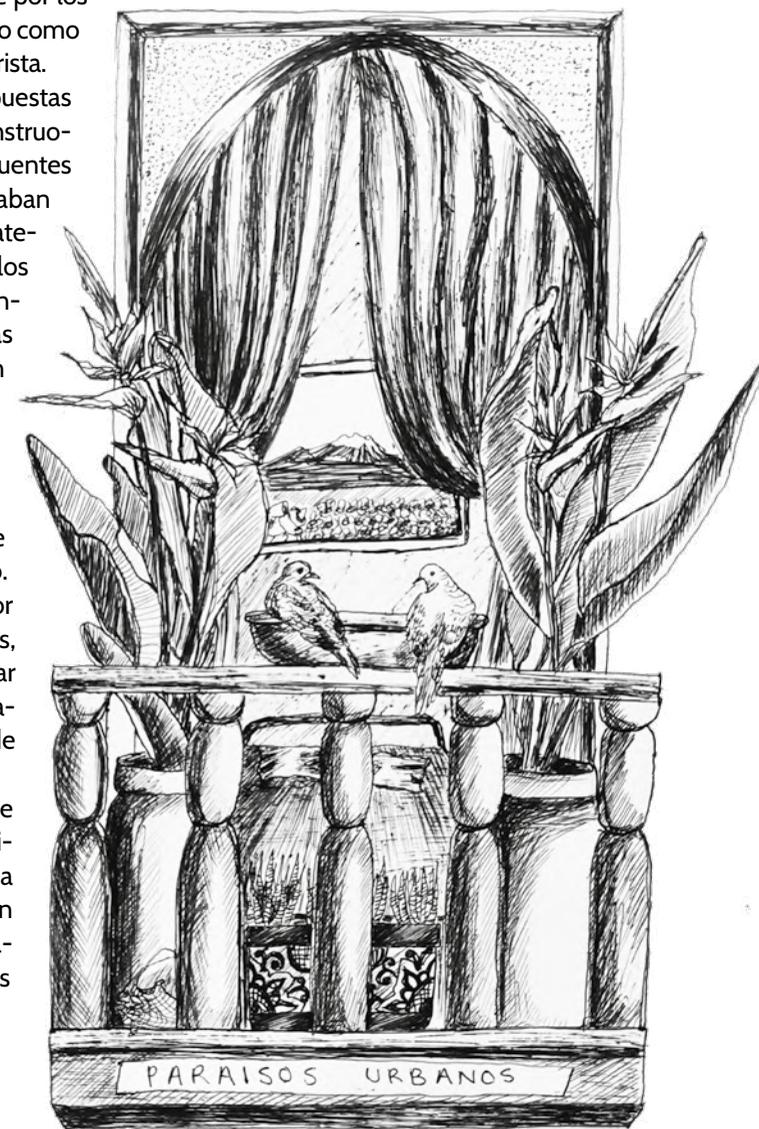
2

En el verano de 1581, durante el viaje que emprendió al este de los Pirineos el fundador del yo moderno, Michel de Montaigne consignó en su diario la admiración que sentía por ciertos complejos arquitectónicos que encontró en varios puntos públicos de la ciudad de Roma. La apabullante fiebre desencadenada de la revaloración de la antigüedad hacía mella en algunos curiosos que acudían a Italia, sedientos de contemplar la belleza de aquello que empezaba a concebirse como el legado cultural grecolatino para el pensamiento occidental. Pero el ensayista, “ese hombre tan inteligente, tan curioso, tan desocupado” no reparó precisamente en la alta cultura, sino en accidentes mínimos de los que hoy no quedan sino lejanas descripciones.

Entre las grietas de la perla italiana, parecían brotar como flores en el asfalto las llamadas “grutas”, artificios de estilo rústico consistentes en una mezcla grotesca de arquitectura, pintura mural y escultura que habían sido difundidas en Francia por el arquitecto manierista Sebastiano Serlio tiempo atrás, y que por los años en que Montaigne visitó Roma habían sobrevivido como una exuberancia no del todo atractiva para el gusto turista.

Ligadas por su nombre a las “grotescas”, pinturas puestas de moda a finales del siglo XV y famosas por su monstruosidad y temas fantásticos, las grutas eran pequeñas fuentes de agua empotradas en paredes de roca que simulaban entornos naturales. Se encontraban rodeadas de materiales orgánicos al interior de nichos incrustados en los muros como fracturas de montaña en miniatura. En conjunto, las grutas emulaban, bajo un aparente caos, las caprichosas formas de la naturaleza en su expresión primigenia. Otros viajeros consignaron que ciertas aves, engañadas por la semejanza con sus entornos habituales, se refugiaban en los pliegues del artificio, ignorando de forma deliberada a los transeúntes y curiosos: “Al mezclarse el arte con la naturaleza, no se sabe discernir si ella es obra de ésta o de aquél”, apuntó. Lo cierto es que no sólo aves eran atraídas por su rumor secreto, sino también los ciudadanos mismos, quienes, cautivados por la habilidad de los arquitectos en imitar y traducir a conveniencia el murmullo visual de la naturaleza, se entregaban con alas abiertas al deleite de los sentidos.

Es evidente que en su *Diario de viaje* Montaigne hace una cantidad desproporcionada de descripciones dedicadas a los monumentos y ruinas antiguas por encima de las obras renacentistas. Esto resulta intrigante en tanto que para 1580 Italia se había convertido en la patria de las artes. El propio Stendhal, siguiendo los pasos





del ensayista siglos después, llegó a sugerir que Montaigne, insensible ante las maravillas de Rafael, Tiziano o Miguel Ángel, carecía del gusto por lo bello.

Quizás la ausencia de apreciaciones sobre el canon en el *Diario de viaje* se debe a que el foco de atención del ensayista no se encontraba en el gusto canónico del momento, sino en lo que para el curioso universal correspondía a la figuración de lo antiguo. Al defender la recuperación de las artes y los ornamentos en el espacio público, antes que la privacidad de los recintos de poder del Vaticano, Montaigne situaba su índice del gusto en la naturaleza. Lo “monstruoso” de las grutas se asociaba con las ruinas. La exuberancia de la vida vegetal sobre las columnas, testigos erosionados por el viento, constituían un indicador del paso del tiempo

sobre la materia. Más aún, Montaigne trasladó el ideal de lo brusco y lo monstruoso a su propio arte: las ediciones tempranas de sus *Ensayos* carecían de separaciones entre los párrafos, puntos y aparte y sangrías; éstos, en cambio, fueron agregados por editores modernos para atenuar “el rudo sabor” del texto.

Así, las grutas romanas no eran sólo adornos para el ojo turista. Estos pequeños artificios evidenciaban la potencia vital que la naturaleza despertaba en el individuo moderno frente a la abulia que él consideraba responsable del deterioro de la vida pública en la urbe. De acuerdo con Montaigne, existía una preocupante indiferencia de la ciudadanía ante los vestigios antiguos y otras hazañas humanas, dignas de enaltecimiento. Cuando se encontraba agotado por manejar la pluma, dictaba a un escriba anónimo amplias exposiciones sobre la importancia que tienen las obras públicas para despertar la consciencia de los hechos pretéritos.

Lo antiguo se muestra entonces como una preocupación fundamental en la construcción del ciudadano universal. Gracias a esto, Roma, la ciudad del antiguo imperio, se torna un mito vivo, realidad estimulante en la cual se sumerge el viajero. En este marco de pensamiento, la naturaleza funge para el ensayista francés como un marcador vital que establece el grado de desarrollo cultural. Esta afirmación toma relevancia ante el peso aplastante que por siglos ha marcado la diferencia entre cultura y naturaleza, entendidas comúnmente como un binomio irreconciliable, polos opuestos cuya repelencia se agudiza a medida que la era industrial plantea el control absoluto del medio ambiente como un requisito para el progreso humano.

Al defender la recuperación de las artes y los ornamentos en el espacio público, Montaigne vuelca su gusto hacia el estado de naturaleza. Es en jardines y fuentes donde el autor sugiere que debe buscarse el índice del placer. Lugar del goce donde el ciudadano puede replegar su interioridad como una trinchera que resiste el embate de los códigos morales de su tiempo. Para el ensayista, éstos fueron pequeñas pausas, espacios en blanco creativos que le sirvieron al sujeto para elaborar, desde su esfera privada, algunos de los bocetos de su autorretrato lingüístico en la página del día a día.



## 3

Confieso que desde que tengo memoria, un profundo deseo me ha hecho anhelar y poseer fragmentos de naturaleza muerta para regocijo personal: hojas y flores secas, pequeños troncos con rostros humanos, rocas y pequeños materiales orgánicos que terminan adornando el terrario que llamo hogar. Ese placer me hace pensar que padezco cierta predisposición a la clasificación, al ordenamiento del mundo a través de una taxonomía subjetiva. A manera de un naturalista victoriano, padezco la ansiedad de quien busca en su sistematización obsesiva la forma de esclarecer un caos interno. Declaro que elaborar una colección botánica es otra forma de escribir y reconocer el mundo.

Un amplio jardín sería el lugar ideal para establecer definitivamente esta colección. Pero la idea resulta hoy en día casi tan utópica como incosteable. Hace tiempo que la configuración de las ciudades y el difícil acceso a la vivienda han reducido las posibilidades de habitar estancias con el espacio suficiente para construir semejantes proyectos. No obstante, un jardín en casa es una promesa de porvenir. Si en el pasado la naturaleza fue indicador cultural de origen, regeneradora de vida y trinchera de resistencia, hoy en día las condiciones materiales nos exigen otras formas de actuar.

Poco tiempo después de la pandemia que azotó a la humanidad en 2020, mi pareja y yo, armados tan sólo con la esperanza de un nuevo amanecer, alquilamos otro departamento con un par de metros más que el anterior. Lo primero que hicimos fue identificar el espacio donde tendría lugar el jardín en casa. Como vivienda de interés social, el departamento poseía un diseño con un discreto margen de modificación. Con ayuda de una simple pared de tablaroca y una puerta, según los vecinos, ese espacio a medio camino entre la recámara principal y el estudio se podría transformar en lo que la política de vivienda prevé como una tercera habitación; espacio que con el tiempo y debida disposición de una pareja joven participase de la reproducción familiar. Pero nuestros planes adheridos a las incertidumbres de un estilo de vida nómada nos obligan a tomar otro rumbo. Sin pensarlo mucho, desafiamos ese esquema de habitabilidad propuesto por las políticas de vivienda, muchas veces ajenas a las condiciones materiales de los escenarios actuales, para transformar ese reducto doméstico en una especie de espacio fugitivo: un jardín en casa, colección botánica, estancia alterna de lectura, contemplación y descanso.

Nadie como el felino que nos acompañaba comprendió tan pronto la (in)utilidad de ese proyecto espontáneo. Sin propósito ni función definidos, ese puñado de metros cuadrados se tornó metáfora de nuestro proyecto familiar en pequeño formato. Expresamos la esperanza en una puesta en escena, a modo de escenografía. Entre sombras y luces tenues, asistimos a una función que no terminaba de iniciar: la sombra de Godot regocijándose ante el ocio. Hubo que aprender del pequeño felino el arte de la contemplación de la nada.

El diseño de vivienda dicta que las ventanas de los departamentos deben ubicarse paralelas al vano de la estructura, específicamente orientadas hacia la vía pública para garantizar que la iluminación y la ventilación sean directas. Con ello se busca crear

cierta sensación de confort, mejorando la productividad y salud de los habitantes. Según este modelo oficial, la ausencia de luz puede ocasionar fatiga visual y otras deficiencias funcionales como cansancio generalizado y posturas corporales inadecuadas; es decir, una propensión general al encogimiento de los sentidos.

No obstante, la variación de luz podía crear ambientes no siempre energizantes y más adecuados a nuestros propósitos, logrando nociones más amplias de bienestar. Adornamos los ventanales con enredaderas y plantas colgantes de tal modo que su crecimiento formó una cortina natural de hojas y tallos. Al poco tiempo prescindimos de cortinas para matizar la luz que entraba a la estancia. Los crecimientos vegetales extendidos sobre el muro y el cristal se tornaron marcadores de tiempo, indicadores del mes a mes en que se prolongó el transcurso del tiempo ahí contenido.

Los juegos de luz tenue asemejaban la estancia a una pintura al óleo, donde los contornos de los objetos parecían observarse medianamente definidos: un ligero quiebre de los espacios que anulaban la distancia física entre los materiales, haciendo que las cosas parecieran más lejanas de lo que en realidad estaban entre sí. La luz suave encargada de modular el aire proporcionaba cierto sentido de irrealidad. Ya fuera en invierno o en verano, al atardecer o al alba, la graduación lumínica atribuía un carácter atemporal a la estancia. Tonos rojizos y naranjas, ocres y cálidos hacían del tiempo una ilusión transitoria y favorecían un estado mental propenso a la introspección.

Como esfinge antigua, nuestro felino —cuyo nombre, Nilo, remite al color que adoptaban las tierras de la región egipcia, en la época del año en que son cubiertas por una fértil capa de cieno negro durante la crecida anual del río— se postraba frente a la pared contigua, dispuesta perpendicularmente sobre la pared principal de la primera recámara. En la parte alta colocamos un librero flotante, y al lado de éste, un sillón plegadizo, perfecto para la lectura, que a la fiera no le gustaba compartir. Encima del librero, una repisa con fotografías remataba lo más alto de la estructura, acompañadas de un muestrario de insectos que recogimos durante una jornada de viajes al sur del país. El pequeño Nilo parecía entablar un diálogo con esas efigies en suspensión. Guardados en frasquitos de alcohol, el conjunto de esos insectos constituía una metáfora de la inmortalidad, ante la cual parecía responder con sensibilidad y soberbia. Como a través del ámbar, en cuyo interior se había capturado vida desprevenida, observo hoy a la distancia de la memoria la imagen de mi gato en su meditación profunda frente a la muerte. **P**





# MORIR Y RENACER

LUIYI KINTERO

EN EL AMBIENTE SE PODÍA SENTIR la sequedad que recorría toda la vegetación de esa zona, aparentemente protegida, conformada por 28 500 hectáreas. El viento cabalgaba con un ligero ritmo; paseaba entre las hojas de los pinos que desprendían notas agudas de un silbido relajante. La vegetación seca se extendía como un manto cubriendo la superficie de las pequeñas lomas y los grandes cerros o volcanes como el Tlaloc. Hacía calor, sí, pero aun en la sombra se podía sentir ese frío característico de las grandes altitudes.

Todos esperábamos ese llamado con el que nos informarían que una columna se comenzaba a levantar; deseosos de no escuchar la alarma por parte de las torres, nuestros ojos se posaban en la cúspide de las montañas más altas de la región. Por comodidad preparamos una pequeña cabaña con los recursos que la misma naturaleza nos ofrecía: árboles secos como vigas para el esqueleto, y grandes cantidades de zacate fungían como losa o paredes.

—Base San Luis para torre Xaltepec... —Escuchamos vocear por los radios.

Por un momento todos callamos con la súbita curiosidad de saber qué era lo que las torres observaban desde las alturas.

—Para informarte que una columna de humo se comienza a alzar por el paraje...

Y ahí estaba lo que tanto temíamos: un incendio forestal. El paraje estaba relativamente cerca de donde hacíamos nuestro campamento. Algunos compañeros comenzaron a levantar sus pertenencias para estar preparados por si nos daban salida.

—Base, tenemos a la brigada...

Un alivio recorrió mi cuerpo al no escuchar el nombre de nuestra brigada; otra estaba mucho más cerca que nosotros y podía actuar más rápido para evitar que el fuego se propagara. Miré los rostros de mis compañeros y sus expresiones irradiaban tranquilidad, pero no todo estaba seguro. Era verdad que las torres eran los ojos de todos los que nos encontrábamos repartidos estratégicamente en los polígonos, pero no era como evaluar la situación en el frente.

—Base, requerimos el apoyo...

Y de nuevo nuestro nerviosismo aumentó.

—Tequimichis para torre Xaltepec...

Teníamos que acudir al llamado: combatir el incendio.

Abordamos la camioneta y en el camino nos fuimos colocando nuestro equipo de seguridad. Mientras recorríamos metros y más metros, ante la vista se comenzaba a alzar una gran nube espesa, blanca y con toques grises como venas recorriendo su fisonomía, desde las densas poblaciones de los pinos. Apeataba a quemado a

pesar de la gran distancia que nos faltaba para llegar. La naturaleza es la anfitriona y nosotros sólo somos sus visitantes, y eso significa que, aunque habían adaptado algunos caminos para desplazarse con la camioneta, existían lugares donde ya no se podía avanzar más; tocaba caminar. Descendimos de la camioneta, todos con su pala punta: nuestra única arma para combatir las lenguas feroces del fuego.

Nos acercamos y ahora no sólo era perceptible el penetrante olor a quemado, también el crepitar de la vegetación; el clamor de auxilio ante las llamas. Gritaban, sí, el zacate parecía llorar al ser consumido por el fuego, perdiendo su color y dejando sólo el rastro de lo que fue.

—¡Vamos, Tequimichis! —gritaba mi compañero Toño a la vez que lanzaba su primera palada de tierra.

Lamentos de muerte, seres hechos humo, los gritos ahogados de alguien que clama por su salvación.

La densa nube nos daba la bienvenida, nos abrazaba y quería adentrarse en nosotros para elevarnos con su característica volatilidad. Costaba trabajo respirar, pero teníamos que seguir combatiendo y terminar con las llamas que se imponían ante la maleza seca. La desesperación por respirar aire fresco era inmensa, pero no podíamos escapar; el humo nos había atrapado dentro de sus opacos brazos. Miré hacia el cielo, pero el azul había desaparecido. Toño y yo habíamos quedado en medio de todo: los rayos del sol menguaron en el intento por cruzar aquella nube espesa, no sentíamos el aire circular a nuestro alrededor y nadie estaba combatiendo a nuestro lado. Dábamos paladas de tierra para volver al exterior, pero el paso del fuego era implacable y la única salida era extinguirlo todo. Tenía miedo y la ansiedad me invadía. La energía de mi cuerpo menguaba y la boca se me ponía cada vez más seca.

Sólo llamas y su alma hecha calor.

En un momento en que el viento cedió, mermó la furia de las llamas y logramos salir de ellas, ahora parecían estáticas, pero no dejaban de consumir el cuerpo de aquella maleza que porta su existencia. A lo lejos, un hombre con sombrero de paja y ropa roída corre con una antorcha improvisada que previamente empapó con petróleo o diésel.

—Es un borreguero —me comenta Toño cuando lo observa alejarse de la escena del crimen—. Sólo esperemos que no continúe prendiendo más adelante porque allí el fuego se extiende por los oyameles y será más difícil combatirlo.

Miramos atrás, como quien mira hacia el pasado, y ahí estaba ese crepitar, el calor. ¿Qué pasaría si aquel pino pudiera caminar? Quizá comenzaría a correr desesperado de un lado a otro para apagarse el fuego. El sentimiento corría por mis venas al imaginar, con la certeza de que todo ahí son seres vivos, el ardor sobre sus cortezas.

—Del lado norte ya está controlado, al igual mi brigada ha controlado lo del lado este, Luiyi —me comentó don Andrés, jefe de la brigada Tleyotl—. Así que ya sólo queda ir a hacer el recorrido para ver y reportar la afectación.

Hacer el recorrido mientras el GPS va marcando la trayectoria para, al final, sacar el área afectada. Caminar por el contorno de aquello que fue consumido por las devastadoras garras no corpóreas del fuego. Una persona, la mano humana, había sido la culpable de quemar grandes cantidades de maleza: zacate, pinos y animales.



El sol comenzaba a perderse en el horizonte, se ocultaba para dar paso a la oscuridad y, allá arriba, al titilar de las estrellas. Caminamos y vimos humeando a los árboles que cedieron al calor de las brasas e, incluso, una víbora enroscada sobre sus huevos. ¿Cómo podía dejar a un lado su naturaleza y abandonar su nido ante el eminente fuego? Y así conejos, lagartos e incluso pájaros; seres que, en su corta vida, no habían conocido ni enfrentado el fuego de esa manera.

A aquel hombre del sombrero que escapó con su antorcha no se le vio por ningún lado ni se tuvo algún indicio de su paradero; persona de pies hábiles que se esfumó en un abrir de ojos.

Miré a mis compañeros, cansados y con el rostro lleno de ceniza, para comentarles que ya no había problemas y que podíamos marcharnos a casa a descansar.

Una mancha negra ahora se imponía entre colina y colina. El olor fresco de los pinos quedó atrás para dar paso al aire ahumado. Con gran probabilidad, al día siguiente activarían la contingencia ambiental.

Pero todo eso había quedado atrás; en los dedos de los pinos se comenzaban a ver pequeñas gotas cristalinas de agua que caían desde el cielo. Los cielos despejados quedaron en el pasado y, en aquel gran lienzo azul, se acumulaban grandes nubes grises y negras a punto de estallar sobre las copas de los árboles que intentaban alcanzar el cielo. La tierra, sedienta desde hace meses, por fin recibiría esa pitanza tan deseada del firmamento.

La temporada de incendios había terminado. Las primeras aguas caían en nuestro poligonal y ahora tocaba realizar una de las actividades más sanadoras para el ecosistema: la reforestación. Transportar pequeños brotes como quien lleva un pedacito de esperanza a las altas faldas del Tlaloc o el Cilcuayo. Grandes pinos, orgullosos de sus fuerzas y tenacidad, se alzaban desde el suelo; conejos corrían despavoridos al escuchar el sonido de la camioneta; las águilas y lechuzas emprendían su vuelo en el cielo y hasta el cacarear de las gallinas silvestres se escuchaba con más frecuencia. La mano tirana del ser humano había estado ahí, aquel fuego que en el pasado le fue entregado como premio y signo de sabiduría, ahora lo ocupaba para moldear a la naturaleza con fines lucrativos.

El paisaje ardió, se levantaron columnas de humo, pero la naturaleza continuaba con su ciclo y se volvía a imponer con ese morir y renacer, reverdeciendo con más intensidad que antes. Ahora parece que los truenos quieren romper la tierra con sus rugidos, iluminando la superficie terrestre por unos instantes. Y ahí estamos nosotros: combatientes forestales que se convierten en sembradores de *Pinus hartwegii*. Ya no estamos cubiertos por humo, sino por lluvia y esa ligera neblina que baja desde los árboles para besar el suelo. 📍



📷 Gabriela Galindo



📷 Gabriela Galindo



# Lo que cae del monte

ALEJANDRA GREGORIO

EL SUELO NEGRO, REVENTADO. Antes verde. Antes cubierto de pinocha. Los restos de árboles cargados de hollín. Piso despacio lo que va quedando, siento la destrucción ceder bajo mi peso. Las suelas de goma se derretían hace un rato. Pedían que no saliéramos. Quédense adentro, decían. Mantengan el aire lo más limpio que se pueda, decían. No abran las ventanas, decían. Cúbranse las vías respiratorias, decían. En casos extremos, trapos húmedos en la cara, tirarse al piso, no atravesar cortinas de humo, decían. Y a mí se me derretían las suelas. El plástico se me iba pegando a la piel. Pero nadie decía abran las puertas a todo lo que cae del monte. Nadie decía

sean refugio. Las patitas chamuscadas. El olor rancio del pelo quemado. Partes diminutas carbonizadas por completo. Narices desorientadas asomando desde la tierra seca. Los animales huyen del fuego y en ese éxodo desesperado llegan a las casas. Y no hay ventanas abiertas. Ni agua. Ni sombra. Ni alivio. Lejos estamos de ser madriguera. Pero algunos tienen más suerte, corrieron hacia otros lados, llegaron al río. Se quedaron existiendo ahí, extenuados, confundidos entre lo difuso del agua y el humo. De una forma u otra lo vivo intenta todo el tiempo no ahogarse.

Un recuerdo repentino: los árboles movidos por los vientos huracanados, bamboleándose de un lado al otro, amenazando con caer. El viento transforma el paisaje en espejismo.

A nadie le alcanzaba el arrebató para largarse a nadar en el río. Aunque las llamas mordieran la espalda, mejor esperar el milagro que lanzarse. Porque se sabe que de los ríos, por más mansos que parezcan, no hay que confiarse. Las peores cosas están abajo, imperceptibles, en las profundidades. *Del agua mansa líbrame, señor, que de las bravas ya sabré librarne yo.* El agua brillaba con los destellos rojos reflejados en ella. Uno miraba hacia ahí y todo parecía una misma cosa. Daba un poco de miedo eso. Eso de perder la referencia. No había límites. No había respeto. El río Uruguay tiene crecidas feroces, y a los que vivimos cerca de las orillas siempre nos desplaza. Nos golpea con sus embestidas, y nos echa recordándonos que nada de esto es nuestro en verdad. Se pone a rugir y lo inunda todo. Se lleva nuestras cosas, nuestras casas. Nos desaparece. Nos va robando pedacitos de tiempo. Pero estos días la gente le reza al río. Se arrodillan y le suplican. Le piden que nos salve. Que lo inunde todo, que apague el incendio. Le rezan al río como si fuera una virgen santa o un dios todopoderoso. Y capaz que lo es, porque acá en esta esquina del mundo nunca se sabe de verdad quién está atrás de todo esto. Nunca se sabe qué va a poder salvarte cuando la suerte no llega tan al sur. Pero el río los mira, suave, dócil. No hay respuesta, no hay bravura, no hay obediencia ni fuerza para combatir nada de lo que sucede. Igual hay que mantenerse cerca del agua, dicen, hay que buscar zonas poco profundas que sirvan en caso de evacuación, dicen, zonas que permitan el paso sin llevarnos puestos.

No hay que volver a territorios quemados, dicen, en los lugares calientes el fuego puede reactivarse sin previo aviso, dicen. Y pienso en esa idea, me obsesiona y va tomando toda mi cabeza. Cierro los ojos y lo veo. Casi como en un acto de magia: un fuego empezando así, solito, de la nada misma. Un fuego quemando el mismo lugar varias veces, sucesivamente. La destrucción sobre la destrucción. Encendiéndose de las cenizas. Una combustión repentina a causa de las altas temperaturas. Lo mismo que me pasa a veces en los ojos, en la boca o en la garganta.

Un pensamiento intrusivo: la sangre también brota caliente y furiosa de nuestras heridas con la misma rabia que la lava de los volcanes, destruyendo todo a su paso. Nosotros también somos la amenaza.



Un sueño: del monte chamuscado empiezan a caer piñas prendidas en fuego, caen cantidades extremas, son proyectiles de guerra, el monte se está vengando y nos ataca, nos incendia. Atrás de las piñas se ve venir a toda velocidad una masa de liebres y comadrejas, todas entremezcladas, como si fuera una estampida. Todo el pueblo mira hacia el monte, inmóvil, rendido, aceptando el destino como si se lo mereciese.

Una imagen: un montón de polillas con sus alas llenas de escamas reinan despiertas durante todas las noches entre los árboles. Nadie las ve. Pero ellas cumplen su trabajo de forma imperceptible. Y ahora nos han abandonado. Las polillas se van antes de que el humo llegue a alcanzarlas.

Una fotografía: el mismo río, pero hace muchos años. El río antes de la represa, el río antes de la carretera que lo rodea, el río antes de las casas a su orilla, el río antes de los muelles, el río siendo solamente un río.

Escucho al monte quejarse. Lo escucho como se escucha a los fantasmas. Es un ruido ronco, desgarrador. Parecido al que hacen los árboles cuando se van inclinando y la madera pareciera romperse. Los árboles gritan con el viento. Pero el monte ahora no tiene árboles, y el ruido se me mete adentro de los oídos. Sacudo la mandíbula para los lados deseando escuchar otra cosa, tratando de volver a escuchar el silencio. Pero el quejido permanece. Así que voy a su encuentro y lo recorro despacio, con los pies descalzos, con los ojos rojos que arden y pican. Intentando salvarlo del desastre con el contacto de mi piel. Siendo así de inocente, sí. Buscando un vestigio de vida que me diga que se puede seguir insistiendo en los lugares, pero el aire que nos rodea es tóxico y nauseabundo, como un rejunte de muerte. Todo lo que alguna vez fue bello se ve ahora reducido al asco. Y miro hacia el cielo y no hay nada, nada que flote, nada que vuele, sólo queda arriba de nuestras cabezas una nube viscosa de cenizas que, de a poco, van cayendo sobre mi pelo. Me vuelvo yo también un árbol incinerado, una sobra, un despojo. Soy miles de partículas de polvo que se mantienen erguidas en el desierto y la luz las atraviesa.

Pienso en eso que me dijeron alguna vez, eso de que los árboles interrumpen momentáneamente su respiración cerrando todos sus poros apenas detectan que hay humo en el aire. ¿Y no hacemos todos lo mismo?

Una noción a futuro: algo, incluso las polillas, incluso la pinocha, incluso el fuego, se nos va acabando. 📍

# El silencio de lo vivo

RAFAEL RAMOS ALVARADO

## La pena de las definiciones

Veo al árbol como un dios  
olvidado en la espesura del tiempo.  
¿Hay una respuesta en su secreto  
para reconocer lo que pide de nosotros?  
Como los dioses, cada árbol está solo.  
Y así siente cambiar el color  
de sus anillos en cada verano y cada invierno;  
así sana las cicatrices del incendio  
incontenible del hombre;  
así presiente a otras familias  
—la de los pájaros, por ejemplo—  
creciendo entre sus huecos.  
No podrían clasificarse de otra manera:  
la soledad define su nombre por completo.  
Y así cumple cada árbol,  
en su crecimiento incontenible,  
su labor generosa:  
el lenguaje puro que nos sostiene.



### Memoria de pesca

Recuerdo a mi padre muy joven  
sentado junto a mí en la orilla.  
Disfrutábamos los ruidos ajenos:  
el lago vivo, el bosque despierto,  
las aves y el lenguaje intraducible,  
el verano que hace lo que sabe  
con la naturaleza que cobija,  
los peces que se agitan  
cuando predicen la muerte.

Recuerdo no saber mucho del oficio  
pero sentir en la piel el taladro  
de los pescados en la cubeta.  
La vida yéndose a gotas  
salpicadas en nuestros cuerpos.  
La tierra y su aroma pintando  
nuestras manos hechas de intenciones.

Recuerdo no poder concentrarme  
en las lecciones consecuentes  
ni en todo lo que oculta la pesca  
porque ahí, viendo de frente  
a ese inmenso espejo,  
conocí la muerte.

# Ningún camarón con vida

JACOBO MOLINA RUANO

NO HABÍA TRANSCURRIDO NI UNA HORA desde que Emiliano Carrasco había llegado a la oficina del palacio municipal, después de su hora de comida, cuando fue notificado de otro delito en el pueblo. Uno de esos que ya son habituales todos los años. Sucedió, casi como de costumbre, en el río Grande —llamado así porque hay un río Chiquito en el municipio, muy cerca del pueblo, separado sólo por la meseta en la que se encuentra—. Ambos ríos son el resultado de una bifurcación del mismo cuerpo de agua, unos kilómetros más arriba, y tienen un nombre en totonaco que casi nadie utiliza.

Llegar al río toma diez minutos en auto, pero lo más importante es evitar toparse con una camioneta de trabajo en la angosta pendiente, donde empiezan el área verde y los potreros del pueblo.

Emiliano y su chofer, el pequeño Luis, recién llegado a la comandancia por el cambio de administración, se dirigían al puente. Aunque Luis “tenía” funciones de vigilancia e investigación, en realidad era más un asistente personal del viejo Emiliano. Al llegar al puente, tuvieron que ir a pie cuesta abajo siguiendo la dirección del caudal, bajo un sol tan fuerte que estaba por extinguir cualquier rastro de que el pasto hubiera sido verde.

Iban rápido porque tenían prisa por llegar a la escena. Allí ya estaban Sabino y Villacañas, camaroneros de profesión de *canasta de bola y vara*, aunque la pesca ya no era rentable. Villacañas, como el representante de los camaroneros, fue el encargado de sacar al regidor de su oficina una vez que se enteró de un posible envenenamiento. No paró de maldecir y condenar al sinvergüenza que se atrevió a verter veneno sobre aquella parte del río.

Con el calor que convertía las piedras en comales ardientes, se observaban los cuerpos en la orilla del río. Sobre las piedras limosas yacían manudos, burros, islamas... (jerga local para referirse a especies acuáticas de agua dulce), todos de menos de 15 centímetros de largo. Ya se percibía el olor fétido de mariscos en descomposición, aunque se especulaba que el ataque no había ocurrido hacía más de 24 horas.

—Cómo pasa el tiempo. ¿Se imaginan que, en los cincuenta, en el punto más profundo de este río, uno tenía que quitarse los pantalones para atravesarlo? Las acamayás<sup>1</sup> eran de este tamaño, y algunas llegaban a pesar casi un kilo —dijo Emiliano, recordando con nostalgia.

Villacañas, con el tono de “político” que había adquirido por su nombramiento provisional, casi como si supiera que era su turno de hablar, respondió:

—Pescan siempre y no respetan ni la veda. No entiendo por qué, y encima usan veneno.

Emiliano volteó a ver a Villacañas y dijo:

<sup>1</sup> *Macrobrachium carcinus* y otros organismos del mismo género.

—Déjame decirte que, cuando tenía 15 años, tapar algún caño del río daba de comer a más de 20 familias. Pero esos tiempos ya pasaron.

Luis tomó varias fotos para el expediente y, mientras escribía notas rápidas en un papel, comentó:

—Bueno, al menos nadie se ha intoxicado... por ahora.

—¿Y el río? ¿Esto es muy grave? —replicó Villacañas.

Luis notó que su comentario había sido inapropiado a juzgar por la respuesta directa de Villacañas; y actuando en su papel de investigador y con un tono más formal, preguntó:

—¿No hay testigos ni rastro? ¿Podría haber sido un malhechor o simplemente un error al fumigar?

Sabino, que se encontraba en el área por coincidencia, no había pronunciado ni una palabra. Sólo mostraba una expresión reflexiva mientras movía la cabeza para observar hasta dónde llegaba el tendido de mariscos muertos, que parecía abarcar más de 13 metros, al menos en lo visible, sin contar lo cubierto por la maleza. Finalmente, pronunció:

—Todos los camarones están muertos. Mientras daba la vuelta para irse, se colocaba sus canastas de bola en el hombro, apoyado por una vara de la cual colgaban las trampas, como si fueran un racimo de jobos, pero cuya función era atrapar langostinos. Esos camarones que serían más escasos la próxima temporada.

—Espero que haya un responsable —dijo Sabino mientras se alejaba.

—Gordo, si ves a la Marina, dile que estamos del puente hacia abajo —gritó Emilio.

Los tres se quedaron en la orilla del río, con un calor de más de 38 grados, acompañados por los viejos sauces en la ladera. La Marina debía llegar para oficializar el acto delictivo.

En ese lugar, con tantos cuerpos inertes, que si se tratara de otra especie podría considerarse una masacre, las sirenas habrían resonado. Pero por no ser el caso, por mucho habría un reporte en el periódico local la próxima semana y otro expediente en un cajón que se sumaría a muchos otros. Porque en este pueblo nadie defiende al río.

Pero son testigos, al menos los más viejos, de que los peces y camarones se están extinguiendo. Los jóvenes ya saben que en este río no hay nada más que un lugar para bañarse y simular, en verano, que son pescadores con sus grupos de amigos. Deberían verlos con sus anzuelos, logrando pescar únicamente una requemada de piel que no olvidan hasta que el ardor pasa con los días. **P**





# Tengo la cuenca de México en el ojo

ÁNGELA ALMENDRA ALMONACI BUENDÍA

*El duelo no avanza en línea recta.*  
Isabel Zapata

¿Cómo le debo de llamar al espacio que ocupaba un cuerpo  
de agua ahora que está vacío y no le queda nada?

Cuenca.

Del ojo. De México.

A principios del siglo pasado el altiplano todavía parpadeaba,  
aún podía sostenerle la mirada a todos sus habitantes.

\*

Nueve mil seiscientos kilómetros cuadrados:

el área total que me falta por ocupar.

Si tan sólo quisiera quedarme quieta,  
detener los pasos, tenderme con los brazos abiertos,  
terminar mi huida hoy mismo.

Si mis movimientos no describieran una línea recta  
siempre hacia adelante.

\*

Soñé que era el glaciar Ayoloco.

Soñé que era el corazón del eje neovolcánico transversal.

Soñé que la altura evaporaba en mí toda la sangre.

Soñé que José María Velasco me pintaba a la distancia.

Soñé que despertar era equivalente a la extinción.

\*

De alguna manera el cielo está lastimado.

Lo observo como se observa al enemigo que se muere.

Con desprecio.

Así se equilibra la balanza por las veces en las que,  
ya estando muerta,

él eligió reposar encima mío con todo su peso, toda su extensión.

Ahora yo también elijo ser poco más que un dedo que cubre  
el horizonte lejano.

\*

Tener abundancia de recursos hídricos me ha permitido seguir  
existiendo a cambio de vivir constantemente ahogada.

Entonces comprendo que ahogarse forma parte de algo más grande:

todo asentamiento humano exige el luto perpetuo,  
demanda la explotación continua y sofocante  
de su fuente natural de lágrimas más cercana.

\*

Garzas incapaces de permanecer en sus nidos.

Pastizales nativos de un cadáver en descomposición.

Lagunas breves atraídas por el color del concreto.

Flores degradadas a hierba que dificulta los caminos.

La vida que no intenta escaparse del páramo es endorreica.

\*

¿Por qué no fui capaz de conservar el cuerpo intacto?

Diría que es la más agobiante de mis preocupaciones.



# SIN REMEDIOS

JULIO YÁÑEZ

ESTOY ATRAPADO EN UN LÍQUIDO ESPESO, cada parte de mi cuerpo está rodeada por esa insoportable sustancia. Muevo sin parar mis piernas y brazos por la desesperación. En cada espasmo, mi piel se corta y ese fluido más negro que la noche entra en mi cuerpo. Intento abrir los ojos para encontrar algún camino que me lleve a la superficie, pero no soporto el violento ardor. La presión en el pecho me obliga a abrir la boca, y comienzo a tragar la suciedad. Intento cerrarla con ambas manos, pero el agua negra me ha transformado por completo. Ahora tengo dos inmensas fauces, mis labios se han partido en cuatro y, con independencia propia, bombean el agua con mierda a mi interior. Mi materia ya no me obedece, sólo queda mi rota y jodida mente. Y recuerdo a mi abuelo, en su silla de ruedas, con los pies hinchados, platicándome que él nadaba en este río, cuando era cristalino, en el agua liviana y dulce, mientras las mujeres hincadas a la orilla lavaban la escasa ropa que poseían. Me siento enajenado, ya no pataleo, estoy inmóvil en este mal llamado canal de aguas negras. Sin darme cuenta, he abierto los ojos y veo el fulgor de unas lámparas que intentan descifrar en qué parte del río muerto estoy.

—¡Chente, ya bájale! Ya hablé con la central para que nos manden a los bomberos, me cae que no me voy a aventar un chapuzón en la mierda para encontrar a ese raterillo, ni sabemos qué se chingó. El reporte dice que fueron un celular y varias cajetillas de tabaco. Me cae, esta pinche gente cada vez está más loca, nomás se tenía que mochar con lo que se había apañado, y no aventarse al río de los Remedios.

He dejado de pensar, de sentir. Estoy suspendido en este hoyo negro, veo cómo esas luces poco a poco

se alejan, y con ello mi cuerpo vuelve a pertenecerme. No hay corriente aquí, sólo el tronar de incontables burbujas que sacan un aroma químico pestilente. Y no nado, más bien repto dentro de esta sustancia, hasta llegar a la orilla. Mi cuerpo se siente más pesado de lo usual, y no es por la ropa, pues estoy completamente desnudo. Miro a mis lados y sólo unos cuantos árboles con las ramas tristes ven mi escasa humanidad. La soledad llena mi espíritu, la rabia nubla mi conciencia, mis músculos se contraen por la enorme violencia que albergo. No hay sonido que me consuele. Ni verde que me abrace, sólo el desértico gris que me invita a perderme de nuevo en su laberíntica panza. Camino hacia ella completamente envuelto en desperdicios, el cemento está frío por la ausencia del sol, y me golpean los estertores moribundos del río químico. La pesadumbre que siento se vuelve infinita, y una serie de recuerdos que no me pertenecen se comienzan a proyectar en mi interior: el cauce tranquilo y a su vez feroz del río transparente, los mexicas caminando con piedras en sus espaldas pisando el agua, gente con ganado yendo por la orilla, niños siendo bañados, mujeres llenando vasijas de barro y colocándolas en sus cabezas, rostros distintos... y la sabiduría de Remedios me muestra la inserción de los tubos de plástico, escucho el ruido talarante de las máquinas, la huida de los peces, la muerte de los árboles a su alrededor, la transfusión de agua con mierda, la inyección de químicos por parte de las fábricas, basura y los rostros indiferentes de la gente.

Caigo agobiado, con la boca seca, ya no aguanto mi peso, soy incapaz de ponerme de pie. 📍



# La mañana que supe por qué se expande el universo

ANDREA MARTÍNEZ

Mis esperanzas estaban puestas en Julieta Fierro, la astrónoma que quiso ser cirquera y que aquella mañana era la madrina del festejo. Pero comienzo: fue el sábado 17 de agosto de 2024, durante la celebración del décimo aniversario de Programa Adopte un Talento (PAUTA), una organización civil que impulsa el talento científico de infancias mexicanas.

PAUTA festejó su cumpleaños organizando la Feria Nacional de Ciencias. Aunque la feria se realiza cada año en El Colegio Nacional, donde trabajo, esta edición fue especial por la cantidad de propuestas tecnológicas que presentaron científicos de entre 6 y 12 años, conocidos como "pautitas".

La participación de los pautitas en la feria no fue casualidad, sino resultado de su esfuerzo. Alejandro Frank fundó PAUTA cuando era director del Centro de Ciencias de la Complejidad de la UNAM. Frank es experto en energía nuclear y uno de los físicos mexicanos que más conoce sobre mecánica cuántica, igual que Miguel Alcubierre. Además de ser un gran divulgador de la ciencia, Frank es un hombre ocupado, un lector comprometido de Borges y no pierde tiempo donde no hay talento.

Aquel sábado, debía llegar a mi trabajo a las ocho de la mañana para recibir a la prensa. Me angustiaba la llegada de Canal 22, ya que, además de su voluminoso equipo, tenían planeadas algunas entrevistas. A pesar de que salí temprano de casa, a unos 40 minutos, llegué tarde por culpa del mismo Metro. Las entrañas de la CDMX eran un caos.

Llegué jadeando. Las entrevistas ya se habían hecho y las cámaras del Canal 22 se colocaron en las zonas del auditorio menos oportunas. Ya no podía hacer nada. La sala, diseñada para 200 personas, estaba rebasada en

su totalidad por los pautitas, sus papás, sus maestros, los jueces y el público en general.

Agobiado, hambriento y crudo, me dirigí a mi oficina para seguir la inauguración por YouTube y redactar la nota. El Colegio Nacional es una institución fundada por José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Antonio Caso (entre otros), por esta razón, sus conferencias están revestidas de protocolo. "¿Por qué hablarles a los niños como si tuvieran 60 años?", pensé.

Alejandro Frank, muy solemne, dio la bienvenida. Luego hablaron Gabriela de la Torre, directora de PAUTA; Pilar Carreón, investigadora del Departamento de Química de Radiaciones y Radioquímica de la UNAM; y Alejandra García Franco, académica de la UAM. Todos dijeron lo habitual: frases hechas y predecibles. No había nada destacable para la nota.

El protocolo terminó con la bienvenida a Julieta Fierro. Tras su anuncio, el auditorio estalló en aplausos, seguidos de un silencio repentino que rompió la aflautada voz de una pautita:

—¿Entonces sí es cierto lo del big bang? —preguntó casi retando a Julieta Fierro. "¡Ídola!", pensé. La niña sabía que la astrónoma es experta en el estudio de la materia interestelar.

Julieta Fierro se puso de pie. Su largo cabello blanco caía lacio sobre su huipil azul marino; llevaba mallas del mismo color y botines negros. Parecía el Ecoloco de *Odisea Burbujas*, pero prolija y sin sombrero.

—Ahorita te contesto, primero tengo que explicar qué significan los colores de las estrellas —respondió.

Explicó que las estrellas rojas son las más frías, las amarillas, como nuestro Sol, son templadas (unos siete mil grados centígrados), y las azules son las más calientes. Con diapositivas, juguetes y su histrionismo,

la especialista relató cómo las estrellas nacen del polvo estelar en las nebulosas, cuando partículas de nitrógeno y helio se comprimen al tiempo que se calientan hasta el punto de una fusión termonuclear, liberando una cantidad inimaginable de energía, sólo contenida por la fuerza de la gravedad.

Mi fatiga desapareció. La *rockstar* de la divulgación científica tenía toda mi atención. Más aún, conectó con el niño que alguna vez fui, aquel que veía la Luna y soñaba con ser astronauta. Me recordó una madrugada en la que vi una estrella fugaz y creí que la Tierra estaba sembrada de "piedras lunares", como les llamaba yo. Luego, recordé el funeral de mi abuela. Pensé que, por la ley de la conservación de la energía, ella seguía aquí; bueno, no ella, sino sus partículas dispersas. Nada se destruye, todo se transforma.

Mientras me perdía en mis cavilaciones, Fierro subió al escenario a algunos pautitas para hacer pequeños experimentos. En uno de ellos, colocó un vaso con agua sobre una superficie plana sujeta con listones. Un niño hizo girar el artefacto sobre su eje y ¡magia! el vaso y su contenido permanecieron en su lugar. A sus 76 años, Julieta saltó de alegría. El experimento fue un éxito.

—¿Por qué no se cayó el vaso? ¡Porque estaba girando! —explicó.

—¿Por qué no se caen la Luna y la Tierra? ¿Por qué no caen los planetas al Sol? —preguntó de nuevo.

—¡Porque están girando! —gritaron algunos niños.

—Porque se están moviendo —dijeron otros.

Luego, Julieta Fierro tomó una esfera expandible y la hizo crecer lentamente mientras explicaba que vivimos en un universo que se dilata, que cada vez se infla más

y más y más. Dijo que "echando la película hacia atrás" se puede calcular la edad del universo: 13 800 millones de años, cuando ocurrió el big bang y se formaron algunos elementos de la tabla periódica. Mientras hablaba, invitó a un último niño al escenario y le entregó la esfera.

—Toma, sostén el universo —le dijo. Para ese momento yo ya estaba conmovido y la imagen del universo en esas manos tan pequeñas me enterneció más.

El niño rodó la esfera por el escenario, pero mientras perdía energía cinética, ésta se encogió hasta detenerse. La mirada del niño era de asombro, seguramente igual que la mía. Julieta Fierro pidió repetir el experimento y, antes de lo previsto, la esfera-universo colapsó y cayó.

—¿Qué pasaría si el universo estuviera quieto? ¿Se caería! —exclamó—. El universo no puede estar quieto; si lo estuviera, colapsaría y todo se precipitaría sobre sí mismo. Por eso el universo se seguirá dilatando.

Entonces, me cayó un rayo *desapendeador*, fue como si se abriera mi tercer ojo. "Si el universo, a pesar de su inmensidad, puede morir si se detiene, ¿qué me puede pasar a mí?". Finalmente, he acompañado al universo en su viaje de 13 800 millones de años en una partícula de polvo de estrellas.

Me reconcilié con mi necesidad de moverme y abracé a aquella voz que me llama al desplazamiento, a la aventura. Recordando una canción de Jorge Drexler que dice "si quieres que algo se muera, déjalo quieto", lloré poco, no mucho, sólo un poco, pero eso fue suficiente. 📍



# Estaciones

MARIO ULISES MAYA MARTÍNEZ

## [Primavera - Yaseinoran]

Crece la *Orquídea*  
en aquel tronco herido.  
Bello kintsugi.

## [Otoño - Kiku]

Pasó la lluvia.  
Hay gotas en los pétalos  
del *Crisantemo*.

## [Verano - Take]

Sereno se alza,  
para enfrentar al viento.  
Viejo *Bambú*.

## [Invierno - Ume]

Flores bordadas.  
¡Qué bonito vestido  
lleva el *Ciruelo*!







# El Cerro del Caballo

CELSA VICTORIA ORTIZ

LOS INCENDIOS EN LOS CERROS comenzaron repentinamente en pleno invierno. No había posibilidad de que fueran apagados por la lluvia. Las noticias locales no decían nada al respecto. La información se difundía solamente por algunos medios independientes y grupos de difusión ambientalistas. Javier regresaba a la ciudad de Chihuahua después de algunos años fuera. En la sala de espera del aeropuerto se encontró con una nota de un periódico independiente llamado *Raíchari* (que significa “palabra” en lengua rarámuri):

*La Compañía Inmobiliaria Kashinka inició con los trabajos de desmonte y preparación del terreno para los primeros fraccionamientos de un nuevo proyecto inmobiliario en el Cerro del Caballo, al poniente de la ciudad, uno de los destinos favoritos de senderistas.*

Era momento de abordar. Siguió leyendo la nota una vez dentro del avión.

*Los terrenos donde serán construidos los fraccionamientos estaban clasificados como “Área Natural de Valor Ambiental” en la versión 2016 del Plan de Desarrollo Urbano 2040 (PDU2040), pero éstos aparecen como de uso habitacional desde la actualización que se hizo al plano de la ciudad en 2021.*

Javier era geógrafo. A pesar de no vivir en la ciudad de Chihuahua estaba muy al tanto de lo que pasaba porque seguía teniendo contacto frecuente con amigos ambientalistas que vivían ahí. Durante el aterrizaje pudo observar las manchas negras aún humeantes de las cordilleras de los cerros. Camino a casa de sus padres notó la neblina artificial provocada por el clima frío, el humo de las fábricas, el humo de las chimeneas de las casas y, ahora, el humo de los incendios. Subió una foto a sus redes sociales para no tener que anunciar a todos de manera individual que estaba en la ciudad. Le llegaron varios mensajes, pero uno en particular llamó su atención. “Yo también estoy en la ciudad. Vamos a tomar algo”. Era Roberto.

Se encontraron en un bar que estaba de moda, ubicado en el centro de la ciudad. El lugar estaba adornado con luces neón, arte local y publicidad antigua de ropa *western*. Por las bocinas sonaba “*If you were the woman and I was the man*”, de Cowboy Junkies.

—También es la primera vez que vengo aquí —le dijo Roberto—. Voy a andar acá unas semanas, para que la familia conozca a Xime. Estamos organizando una cena con familia y amigos por nuestro compromiso. Estás invitado.

En sólo un par de años Roberto había cambiado mucho. Ya estaba muy barbón. Se peinaba con gel y usaba camisas todo el tiempo. Lo único que no había cambiado era aquel par de botas que usaba desde que se conocieron.

 Ximena Pimentel

\*\*\*

Se juntaban los domingos. El grupo se componía principalmente de personas de unos 40, por lo general divorciados. Él y Roberto eran los únicos veinteañeros, por lo que entablaron amistad muy rápido. Roberto no estaba tan barbón ni tan robusto en ese entonces.

—Está chingón esto pa’ venir a despejarse, me hacía falta algo así —le dijo. Era la primera vez que asistía al grupo de senderismo—. Ahorita ando en friega con la carrera. Este año la termino.

—¿Qué estudias? —le preguntó Javier.

—Arquitectura. La pensé mucho. Quería estudiar Geografía también, pero mi papá es arquitecto y pues me terminó convenciendo. Sí me gustó al final.

El Cerro del Caballo se ubicaba al norponiente de la ciudad. Partieron a las seis de la mañana. El verano estaba en sus inicios y para las ocho el calor ya empezaba a ser insoportable. El trayecto duró cuatro horas. Javier y Roberto fueron hablando todo el camino. El grupo se dispersaba de vez en cuando, pero sin perderse de vista. Unos se distraían tomando fotos a los ardillones y los tlacuaches que se topaban en el trayecto, otros, más interesados en la flora, se quedaban a observar el estado de las biznagas y los alichoches que estaban aún floridos. Una señora, de las más grandes del grupo, cortó un poco de gordolobo fresco y vertió agua en unos botes vacíos que fue juntando al inicio del trayecto para que los animales pudieran beber. Siempre llevaba agua de más para eso.

Cuando iban de regreso, Javier y Roberto se fueron desvalagando del grupo por estar inmersos en su plática, siempre tratando de no perder a los demás por completo. Un zorro gris les cortó el paso y se quedó observándolos por unos segundos. Inmediatamente notaron que estaba cojo a causa de unas espinas que tenía en la pata trasera, pero que se veían fáciles de sacar. Sin pensarlo mucho, fueron tras de él para quitárselas, pero éste corrió asustado. Lo persiguieron por unos minutos. No podía correr muy rápido y una vez que lo agarraron no se resistió mucho. Rápidamente comprendió que lo estaban ayudando.

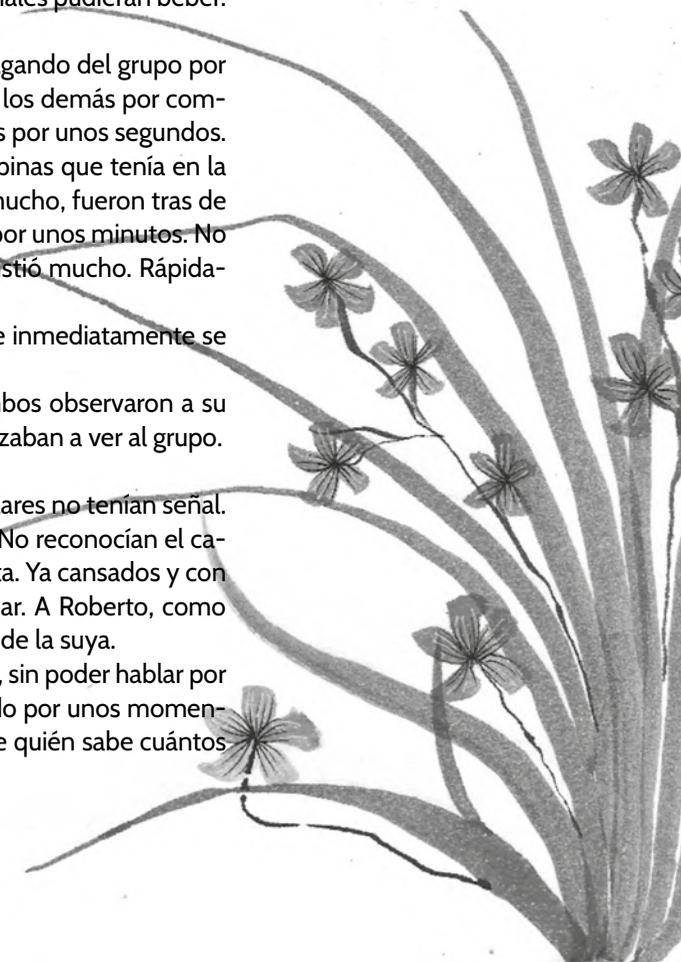
—Ya está —dijo Javier. Liberando de sus brazos al zorro, que inmediatamente se echó a correr.

—¿Dónde quedaron los demás? —preguntó Roberto, y ambos observaron a su alrededor. Se habían metido a una zona más tupida y no alcanzaban a ver al grupo.

—Más bien dónde andamos nosotros.

Caminaron por un buen rato. No llevaban brújula y los celulares no tenían señal. Ya no sabían para dónde quedaba el sur, de donde partieron. No reconocían el camino y no sabían si estaban caminando en la dirección correcta. Ya cansados y con calor, decidieron sentarse un rato en la sombra para descansar. A Roberto, como principiante, ya se le había terminado el agua. Javier le ofreció de la suya.

—Si no te dan asco mis babas —le dijo bromeando. Roberto, sin poder hablar por la fatiga, se limitó a sonreír y tomó agua. Se quedaron jadeando por unos momentos, sin decir nada, escuchando los sonidos entremezclados de quién sabe cuántos





animales que seguramente se estarían burlando de ellos por no poder aguantar el trayecto ni saber ubicarse en el cerro.

—No. No me dan asco tus babas —respondió Roberto después de un rato, como si hubiera pensado mucho esa frase y finalmente se hubiera animado a decirla. Se miraron y sin pensarlo mucho se dieron un beso. Luego otro más largo, mezclando el sudor de sus frentes. Se rieron. Se dieron otro, y al escuchar un ruido de los arbustos se separaron rápidamente con pudor de ser descubiertos por alguien del grupo. Ojalá hubiera sido así, pensaron, pero no, era otra vez el condenado zorro que de nuevo se les quedó mirando.

—Chance y ahora nos ayuda a regresar —dijo Roberto y ambos se levantaron a perseguirlo. Después de seguirlo un rato lo perdieron de vista pero se encontraron con el primer bebedero que Betty había dejado. Estaban cerca del punto de inicio. Al bajar del cerro se reunieron con el grupo que ya estaba por llamar a los brigadistas.

Durante los próximos meses, asistieron sin falta a las rutas del grupo de senderismo. Se hicieron fama por su constancia, pero su motivación principal era volver a verse, volver a desvalagarse (ahora con más cuidado) y volver a darse sus besos. A los ojos del grupo eran buenos amigos. Con dedicación, recorrían las rutas alrededor de la ciudad: el Cerro Grande, el Cerro Picos de la Luna, el Cañón del Colibrí, el Cerro el Colorado, etc. Eventualmente comenzaron a salir ellos solos a los bares y las cantinas del centro, se sentaban en la barra para conservar las apariencias. A veces, luego de algunas cervezas, iban a escabullirse a los moteles que estaban en las periferias de la ciudad. Así transcurrieron algunos meses. Dedicaban su tiempo libre a verse.

—Voy a irme a Monterrey el próximo mes —le dijo Roberto un día, mientras estaban abrazados en un motel a altas horas de la madrugada—. Voy a ayudarle a mi papá con un proyecto. Va a ser el primero que haré yo solo. Me consiguió un departamento y tal vez me quede a vivir allá.

Las semanas siguientes antes de su partida se pasaron rápido, pero con una melancolía que se sentía especialmente al despedirse cada vez que se veían. El día de su vuelo lo acompañó al aeropuerto y se despidieron con un abrazo largo. Javier siempre quiso más cercanía emocional, pero tenía miedo de que fuera demasiado para él. No quería arruinar lo que tenían y se limitó a decirle: “Cuidate mucho, cabrón. Te voy a extrañar.” Y Roberto le sonrió con la cabeza baja.

Javier siguió yendo a las rutas de senderismo. Ahora lo hacía para distraerse, pero no podía evitar ser invadido por una ligera tristeza ahora que no estaba Roberto. Tiempo después decidió mudarse a Guadalajara para hacer la maestría. Había considerado irse a Monterrey por Roberto, pero vio que ya tenía otra vida bastante sólida. Tenía novia. En momentos (casi siempre de insomnio) veía las fotos que subía. Fotos con sus amigos, con una nueva novia, fotos de sus viajes con ella. Al parecer ya vivían juntos. Tenían un galgo italiano. Iban a pasearlo los domingos a Chipinque, el mismo día en el que ellos solían verse.

\*\*\*

—También vine a supervisar un proyecto. Vamos a hacer unos fraccionamientos en las afueras de la ciudad —le dijo Roberto.

—¿Eres de los que andan en ese pedo? —le preguntó Javier— ¿No te molesta lo que le están haciendo al cerro?

—Pues sí, güey. Pero la ciudad tiene que crecer. Modernizarse, pues. Nos estamos quedando atrás —Los dos se quedaron en silencio por unos minutos—. Quedé de pasar por Xime para irnos a cenar. Me dió mucho gusto verte.

Se dieron un abrazo de despedida. Un abrazo corto, con dos golpecitos en la espalda. En las bocinas del bar sonaba *If I was the woman and you, you were the man/ Would I laugh if you came to me/ With your heart in your hand*. Javier se quedó observando la silueta de Roberto desaparecer a través del vidrio empañado. Pidió otra cerveza. 🍷





# Dos versiones del agua

RUBÉN ESPARZA

## Nubes

En el año 2001, Teresa Margolles presentó en Nueva York *Vaporización*, una instalación que consistía en máquinas que creaban una densa capa de niebla con agua que había sido empleada para limpiar los cuerpos de una morgue. La niebla tenía un peso palpable, un olor y un gusto ligeramente metálicos. Impregnaba la ropa, el pelo y la piel. El cuerpo de los asistentes se convertía en el soporte de huellas residuales de otros cuerpos. Los espectadores debían caminar con cuidado, de manera incómoda, capaces apenas de reconocer sus manos frente a sus ojos.

Es difícil no pensar en nubes.

No pensar en nimboestratos llenos

o en todas las *piudades* que sostienen el peso de sus cuerpos

como nubes que cargan el agua entre sus brazos

así te llevo, con miedo de perderte.

Recién llegado al lugar sin límites

me pregunto en dónde acaba el cuerpo, en dónde tú y yo

si te respiro junto a todos los demás

en esta lluvia que está a punto de empezar todo el tiempo

en el contorno de los labios

que con cada respiración desaparece

como cuando dos se besan.

Con cada bocanada otro poco

la misma piel expuesta y limpia ya de sangre

se diluye, se condensa en los pulmones.

Es inevitable no sentir una mano sobreponer su tacto al tuyo.

Es inevitable no apegarse a esta versión

de la materia doblándose sobre sí para volver a paladear

el gusto metálico de la muerte.

Dime, ¿qué forma le encuentras a esta nube?

La imagen de un amor que se completa en el otro

o una persona que camina hasta perderse en la nieve

o una sombra, como Euridice, que no sabes si te sigue.

## Hablemos de langostas

Hay algo personal en todo esto.

En vernos, el uno al otro, reflejados

mientras esperamos el calor de la flama

y la estela

que nos ha de recordar a ambos el mar.

Proclamas en verbo tu silencio.

Así entiendes la enseñanza.

Para ti, *esto debe ser la poesía,*

*elegir una palabra*

*y repetirla hasta que desaparezca.*



Yo no estoy iluminado.  
En mí no hay palabra para el dolor  
que no se nombra.

Dicen que una vez en el agua  
hirviendo gritas.  
Pero sé que tu voz no tiene canto  
ni bordes  
y lo que se oye  
es el agua que ebulle entre la carcasa y tu carne,  
la presión que se enrojece en tu piel.

Por ese ruido hay gente que sale  
de la cocina al prepararte.  
Ponen una alarma para palpar  
el tiempo faltante,  
y que avise cuando todo esté listo.  
Aquí su cobardía y su crueldad.

De acuerdo con zoólogos marinos,  
el martirio toma de 30 a 40 segundos  
promedio.  
Medio minuto de antesala temperante  
en otro infierno.  
No cabe duda, los tiempos de tu Dios  
son perfectos.

Nos hemos querido mentir  
que no tienes cerebro como nosotros,  
sino una red de ganglios  
que se tiende enteramente sobre tu cuerpo  
como cuerdas nerviosas.  
Foster Wallace nos lo advierte:  
Tálamo, hipocampo, córtex y memoria  
es lo que te falta para vivir el sufrimiento.

Sin embargo tienes ojos:  
dos perlas negras,  
dos vacíos abiertos  
arrojados al miedo  
por mi mano.

Yo no sé qué fe defiendes,  
qué acto impío te será recompensado,  
ni quien permite esta barbarie.

Después de todo  
¿qué fe puede hervir, reflorar  
y afirmarse  
mediante este dolor?

Te diré algo, tu carne  
me ha convencido  
del milagro.



# Pasos sobre los flujos piroclásticos de Oriente Medio

MARCOS A. MEDRANO

## Uno.

La nube, a veces gigante, que se forma en un volcán cuando hace erupción se llama flujo piroclástico. Después de emanar del cráter se desliza sobre las laderas de la montaña, puede hacerlo a más de 700 kilómetros por hora, tres veces más rápido de lo que necesita un avión para despegar, pero, a diferencia de la aeronave que anuncia su cercanía con el zumbido de los motores, los flujos piroclásticos avanzan sin sonoridad alguna.

Un silencio largo y caliente, parecido a flores de gas, sus entrañas pueden alcanzar temperaturas de hasta 1200 grados celsius. En 1960 la erupción del Monte Santa Helena expulsó un flujo que arrasó con toda la vegetación en 30 kilómetros. El paisaje era como si en una mesa tirásemos cientos de palillos para dientes, uno encima del otro orientados hacia un mismo sentido. No quedó una sola persona o animal vivos. En su lugar, sólo los árboles carbonizados, el color grisáceo y la ceniza.

En 1942 José Revueltas es enviado por el diario *El Popular* de Michoacán a cubrir el repentino nacimiento de un volcán en la región de San Juan Parangaricutiro. La montaña emergió con gases y ríos de lava, los campesinos que vivían encima lograron escapar, los de más lejos se resguardaron en sus casas. Revueltas llegando al poblado, obnubilado por los flujos sobre el cielo pensó: Un sudario negro sobre el paisaje.

Un sudario, el manto que cubre un cadáver; en un contexto así, parece más propio hablar de un nacimiento, el volcán emergiendo con las fuerzas del centro de la tierra habla de una brutal vida en movimiento, pero como en toda la dialéctica, también habla de la muerte. El sudario de ese gran cadáver sobre el paisaje no es del volcán —que en efecto morirá pronto, apenas unos años después—, sino de la gente, de los campesinos que han perdido la tierra para siempre. Revueltas habla de las casas de ceniza, cubiertas por lo que el viento deja dispuesto para enterrar los hogares y matar los cultivos “el niño huye para refugiarse en su casa, apenas habitada por la llama terca, por la porfía —llena de asombro, de ternura— de sus padres que pese a todo no quieren abandonar la tierra. Ese niño es tan grande, tan pequeño también, como la ceniza. Ignora todo. Hasta el doloroso, hiriente amor que se refugia allá adentro, en la sombra negra y definitiva de la choza terrible”.



Gabriela Galindo

Un sudario silencioso que oscurece el día, el porvenir de los hombres, de aquellos que se quedan porque su tierra es lo único que su dios les ha dado, aunque su tierra ahora sea una mortaja de piedras incandescentes.

Los otros, hombres como Revueltas que cubrirán este evento y luego volverán a sus casas, a salvo, por ahora, de ese sudario silencioso, recordaron aquello y si, como él, fueron prudentes, echaron la voz al cielo diciendo que la ceniza estaba oscureciendo la vida de la patria.

## Dos.

La patria, una enorme tierra de nombres cada vez más grises, una franja inmensamente desgastada. Todas las naciones son enormes cuando se derrumban y demasiado pequeñas cuando se conquistan. La nube de una nación en llamas es como el flujo piroclástico, gigante. El fuego, sin embargo, no viene del suelo, zumba primero en el aire, es un chiflido lastimero al que, imagino, nunca se acostumbra el oído, y después, la luz roja rápidamente ennegrecida por las flores de la explosión que cubren todo a lo que uno podría llamar vida.

La patria pronto será un enorme paisaje cenizo donde los hogares son polvo en el aire.



### Tres.

—¿Señora, puedo preguntarle algo? —dice una niña recostada en una plancha metálica. Alrededor de su oído hay una mancha de sangre mezclada con tierra gris—, ¿esto es un sueño o es real?

La médico que la atiende guarda un silencio impotente. Una vez que se domina le contesta que se tranquilice, que todo estará bien. El clip se corta.

El humo se cuele por el hospital que pronto será abandonado y perderá, como cualquier palabra,

todo su sentido.

### Cuatro.

El primer sonido es de un claxon impaciente, hay tráfico, gente caminando, una ciudad que por un instante me parece la Ciudad de México, pero no. En los minutos iniciales alguien habla un idioma que no comprendo y la toma comienza a enfocar personas. Unos niños bailando en la calle, con sus sonrisas chimuelas, realizan algunos pasos que me hacen olvidar, por un minuto, la angustia de la fila que hicimos para mirar la película que ahora veo con otras cien personas. La siguiente toma es, de nuevo, la ciudad, un paisaje que comparto, no hay que entender todas las palabras para saber que somos humanos. El próximo cuadro es de un hombre, uno de los que nunca tendrán nombre en la gran escala, pero que será de esos miles que enterrados una y otra vez siguen saliendo del polvo. Ese hombre —ignoto— está frente a un par de edificios, luego un chiflido y el ruido de la explosión. Es una toma rápida, el camarógrafo apunta al suelo, probablemente cubriéndose. La siguiente imagen es el rostro de una persona en el piso, un automóvil destrozado, sobre lo que queda de la cajuela hay una salpicadura roja. Nada en esa toma es normal.

La tensión vuelve.

*¿Por qué estamos aquí?*

Las imágenes no paran, muchas de ellas rondan los hilos de X, pero aquí no hay descanso, no hay *swipe up* que nos salve. No hay respiro y cerrar los ojos sólo hace más aterradoras las sombras.

*¿Por qué estamos aquí?*

Entre los escombros los rescatistas luchan por recuperar a las personas, preguntan sus nombres, sus edades; esto se vuelve muy importante porque se trata no sólo de sacar cadáveres, de hablar de restos, de cifras aparentemente sólidas, ahí debajo lo que hay es una vida que renacerá para ver la extensión del sudario. Y si se quedan, poder anotar sus nombres, junto los días o años que respiraron en el mundo, en una lista larga.

*¿Por qué estamos aquí?*

En muchas de las tomas se ven varias manos sosteniendo los celulares, grabando a la gente tirada en las calles, unos se mueven, otros no, estas manos captarán la memoria con que lucharán en todo el mundo los defensores de la memoria.

*¿Por qué ahora estamos aquí?*

Rafa Rangel, el director del documental *Gaza. La franja del exterminio*, dijo, cuando grabó *Un día en Ayotzinapa 43*, que había salido de casa por la incredulidad de lo que aparecía en las noticias, grabando lo que pudo porque él no era documentalista, pero sabía que era necesario entrar en el ojo del huracán y documentar lo que estaba pasando. Igual que Rafa, movido por la incredulidad, asisto a la función en donde miramos con ese sentimiento a niños bajo los escombros, y a mujeres y hombres cuya vida se apaga cada vez que las luces rajan el cielo. Ni Rangel ni yo, ni muchas personas deseamos estar grabando, escribiendo, informando el genocidio. Rangel quizá seguiría explorando los senderos de su Rimbaud de *Luna Mortis*, y yo quisiera estudiar los versos de Revueltas y Mayakovski, pero

*¿Dónde está la poesía en esta erupción?*

Me siento —en la sala— bajo ese sudario negro y eterno, que cubre la muerte no de estas peronas ni de ese país tan lejano llamado Palestina, sino de la voz de mi ciudad, de sus autos, de sus mercados, la voz de mi madre, mi voz. ¿Es el futuro?

Una mujer deja la sala. Se cruza en la pantalla consciente de que debe abandonar ese filme o se hará parte de la maldita indiferencia en que se convierte ese silencio mortal. Su sombra atraviesa la luz del proyector mientras abandona la secuencia del filme en sentido contrario.

Entonces de nuevo sé lo que hacemos aquí:

Estamos mirando un anuncio, la película es todavía,  
una visión. El flujo piroclástico a lo lejos,  
muy lejos, detrás  
de la pantalla protectora.

Un aviso: cuidado,  
el gusto por las nubes  
también muere.

### Cinco.

*¿Qué es lo que queremos?, poder decirle a nuestra madre que necesitamos un vaso de agua.*

*¿Por qué actuamos tan lentamente?*

Se trata de una petición sencilla.

*¿Por qué tanta demora, señoras y señores en Nueva York?*

*¿Es que en los países no existen más abogados para invocar la Convención de 1948?*

*¿Es que cuarenta mil asesinatos no es prueba suficiente?*

*¿Cuánta atrocidad se necesita para probar la flagrancia?*

*¿No ven que ahí, junto al cráter, lo único que se necesita es*

*una madre y un poco de agua*

*para lavar las lágrimas?*



**Seis.**

El genocidio,

*Considerando que la Asamblea General de las Naciones Unidas, por su resolución 96(I) de 11 de diciembre de 1946, ha declarado que el genocidio es un delito de derecho internacional contrario al espíritu y a los fines de las Naciones Unidas y que el mundo civilizado condena,*

*Reconociendo que en todos los períodos de la historia el genocidio ha infligido grandes pérdidas a la humanidad,*

*Convencidas de que para liberar a la humanidad de un flagelo tan odioso se necesita la cooperación internacional,*

*Convienen en lo siguiente:*

Gabriela Galindo



¿Dónde está la democracia de los países?

El genocidio sobre el pueblo palestino es en el

**Diccionario de la guerra imperialista**

1. La defunción de la ONU: Veto del Consejo de Seguridad.
2. La paz: el canto del Corán frente a sus muertos.
3. Solidaridad: Estados Unidos ha aportado más de 130 mil millones de dólares a la milicia israelí.
4. Prensa: Se dice “hoy han muerto” para no decir “hoy han asesinado”.
5. Explosión: El humo está cubriendo el cielo de la hegemónica democracia occidental.

**Siete.**

Los escritores solemos llegar tarde.

A propósito, muchas historias necesitan del tiempo, ver con objetividad lo que es el pasado. Eso es lo que dicen algunos escritores. Hay, dicen, que ir al volcán cuando se pueda mirar de lejos, que se hace mejor literatura de la masacre si la vemos parados sobre la roca alta del tiempo.

Sergio Ramírez afirma que hay dos tipos de escritores, “el que escribe y se calla y el que escribe y al fin, se involucra en la vida política” o en la masacre, o en la cada vez más imposible protesta. Revueltas hubiera sido un gran escritor, pero fue muy político, han dicho. Y Mayakovski —pobrecillo— se vendió a la Revolución rusa de Lenin.

¿Hasta dónde dejaremos llegar a la buena literatura?, ¿hasta cuándo nos importará tanto la “espina” del panfleto y la propaganda?, ¿cuándo, en un pueblo vejado como el nuestro, nos hicimos tan dóciles?, ¿hasta cuándo seguirán llegando tarde las palabras?

*¡Muere tú, verso mío,  
muere como el soldado de filas,  
como nuestros soldados desconocidos  
morían en los asaltos!*<sup>1</sup>

Será tarde luego, para cantar requiems a los muertos, a quienes les interesa nuestra acción, no los *best sellers* ni nuestra tardía consciencia adquirida en la cima del volcán petrificado.

**Ocho.**

Los flujos piroclásticos avanzan, sus flores naciendo unas dentro de otras, calcinan la vida con plácido silencio. Las cámaras han captado videos y fotografías que llegan de Gaza, a nuestra tierra, haciendo casi ningún eco.

<sup>1</sup>Del poema *Para la voz* de Vladimir Maiakovsky

Nuestras bolsas de valores, es cierto, se mantienen con la misma inestabilidad de siempre. Nuestros muertos siguen siendo buscados por sus madres en la recóndita y abyecta fosa mexicana, los niños, con sus sonrisas simples continúan recorriendo las calles en donde su infancia se mancilla tempranamente. El muro en la frontera se mantiene igual de alto y el Río Bravo y el Suchiate se alimentan sin descanso de los cuerpos heridos de México y Centroamérica. Los mendigos del sistema tuestan sus pieles en las banquetas, con los ojos rojos y la saliva escurriéndose en las comisuras, se encuentran perdidos como profetas del fin del mundo, en cierto sentido, ellos ya llegaron al futuro.

El vapor sube nuevamente entre las piedras volcánicas de nuestros tranquilos pedregales, en Palestina la erupción hace temblar ya los suelos. El flujo se acerca rápido y mortal en medio del silencio. El silencio, sin embargo, apunta Yuri Herrera, no es la ausencia de historia, es una historia oculta bajo una forma que es necesario descifrar.

El silencio convierte la muerte en normalidad. El genocidio del mundo será tan cínico que quedará perfectamente documentado. ¿Qué decimos cuando decimos "Viva Palestina Libre"? ¡Ayuda, nuestros huesos se deshacen! ¿Qué es este calor tan triste?,

el humo viene pronto y no hay mal que venga solo. 

**Nota del autor:**

En el presente ensayo se retoman las palabras de videos del genocidio en Palestina que circulan, terriblemente, en redes sociales.

Se escribe alrededor de la función de cine que tuvo *Gaza. La franja del exterminio* el 7 de junio del 2024 en la Cineteca Nacional de México. La única función, lograda con resistencia, que hasta el momento ha ofrecido la institución.

También se escriben extractos de documentos y declaraciones de las Naciones Unidas.

En Palestina no hay volcanes pero, en el 2019, organizaciones pro-Palestina compararon Gaza con "un volcán a punto de estallar".

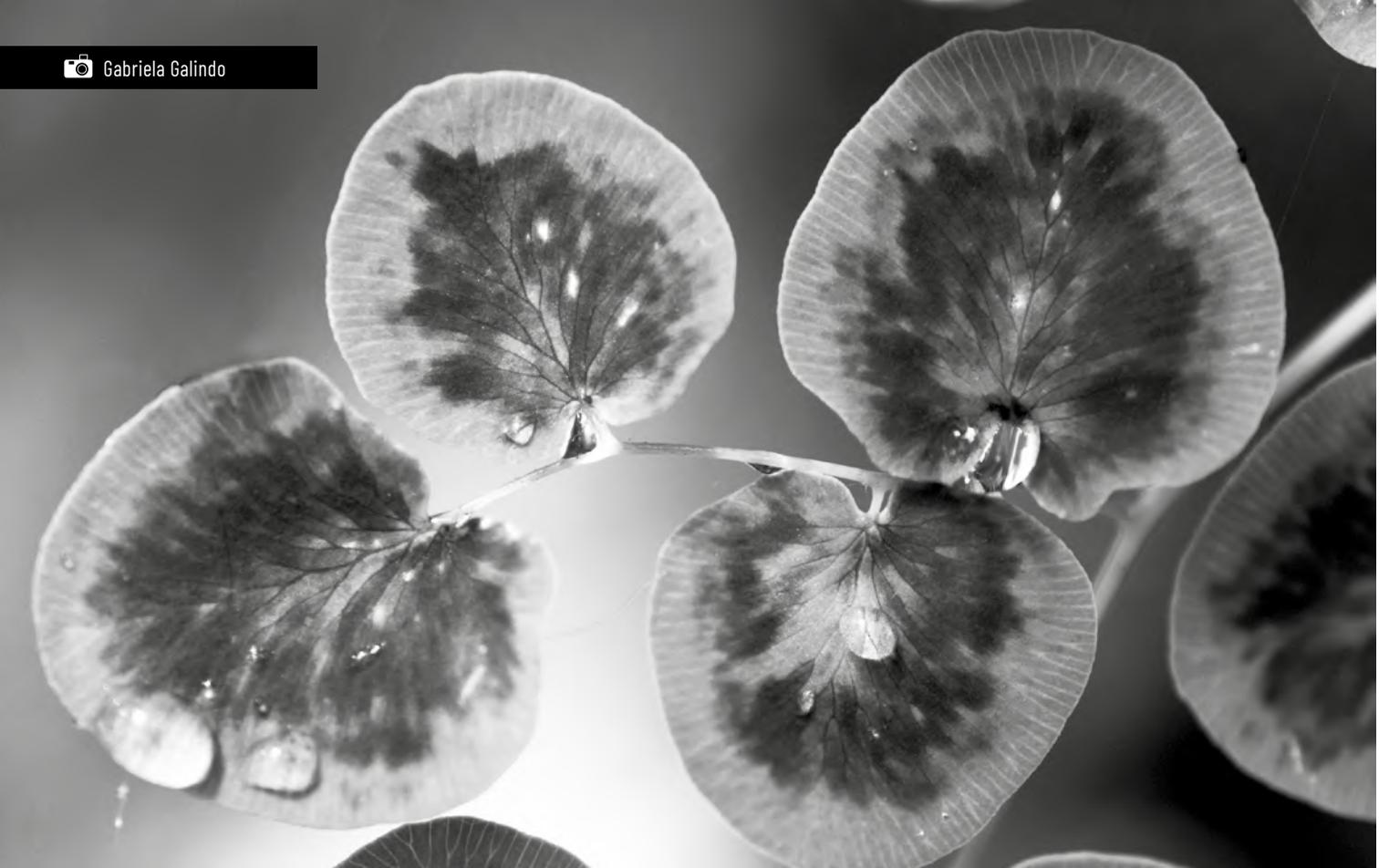
Ha pasado un año del inicio del genocidio, pero no todos seguimos mirando.



 Alejandra García P.



 Gabriela Galindo



# Lahar

ANA VIRGEN

Durante mucho tiempo  
mi trabajo fue sostener este valle  
soportar el lodo de otros  
para que los campos florecieran

me gustaba la mirada  
de las abuelas nube  
que les hablaban a sus nietos  
de la belleza  
en las noches en que me derramaba  
para endulzar su café de olla

estaba conforme con dar  
a los hombres mi ceniza  
en el paisaje de milpas

sentir que en el fondo inspiraba  
emanando vapores  
que anuncian  
historias en basalto

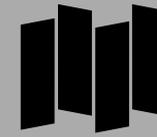
aquellos que no entienden  
el negro de mi arena  
llegaron para vender  
mis rocas para jardinería  
mis laderas para cercarlas  
como hoteles lujosos  
cuando mi domo creció a traiciones

sentí mi fuego subir por mis vísceras  
en un grito piroclástico

no hubo lluvia que me diluyera  
me convertí en tefra  
coraje cristalizado en obsidiana

me acusaron de ser lava  
no vieron mi velocidad de lahar

cuando exploté no fue mi calor  
lo que arrasó intrigas enraizadas  
que se abrieron paso  
por los caminos manipulados.



# CARRUSEL

---

## HEREDADES

UNA MÚSICA SINGULAR  
ERICK RODRÍGUEZ

## ENTRE VOCES

NATIVAS DE LAS CALLES: AL RESCATE DE LAS  
PLANTAS ORIGINARIAS DEL VALLE DE MÉXICO  
ALEJANDRA HERNÁNDEZ OJENDI

## BAJO CUBIERTA

*EL JARDÍN DE LOS ÍDOLOS DE*  
GEORGINA MOCTEZUMA  
ARIATNA GAMEZ SOTO

UNA NUEVA GENERACIÓN POÉTICA EN NIGERIA  
ÁMBAR MICHEL DE LA SELVA



# Una música singular

ERICK RODRÍGUEZ

ME ACERCO A LA PINTURA tanto como puedo. Intento reconocer algo en esas pinceladas gruesas y decididas. Sigo los movimientos que tomó el pincel al momento de la creación. Me inclino sobre el cuadro y, de pronto, en ese gesto, descubro lo que me atrae. Encuentro en esa inclinación un esfuerzo que es propio de la pintura, que se encuentra en su origen, y al que parece invitarnos en el presente.

Antes de hablar de ese empeño, tomemos un tiempo para imaginarla. Pensémosla, como la recuerda Matildita, su sobrina, saliendo del atelier únicamente a la hora del almuerzo y la comida. Trabajando siempre. Encerrada todo el día con sus materiales. ¿Quién es Petrona Viera? ¿Qué busca en la pintura? ¿Y qué encuentra?

Petrona Viera nació en Montevideo, Uruguay, el 25 de marzo de 1895. Fue la hija mayor de 11 hermanos y perteneció a una familia de la élite uruguaya. Su padre, Feliciano Viera, fue presidente de la república entre los años 1915 y 1919. Por ello, y por la educación y los intereses de la familia, solían relacionarse con la intelectualidad de la época. Es en ese contexto que Petrona aprende a pintar, primero acompañada de Vicente Puig y luego de Guillermo Laborde. Y es también, en esa atmósfera, que pasa a ser, unos años más tarde, la figura central de las tertulias organizadas en casa.

Es interesante, no obstante, que haya sido así. Sabemos que, debido a una enfermedad, quizá meningitis, la pintora quedó sorda a la edad de dos años. No logró su entrada en el lenguaje. O no, digamos, de la manera habitual. Algunas biografías suyas cuentan que sí tuvo una educación formal, aunque precaria, dada la época en que vivió; sus familiares relatan, por el contrario, que si bien la comunicación con ellos era eficaz, no dejaba de ser por medio de sonidos guturales.

Salvo la imaginación, no tenemos un medio para acceder a ese lenguaje particular. Podemos pensar



Petrona Viera, *Autorretrato*, Colección Museo Nacional de Artes Visuales, Uruguay

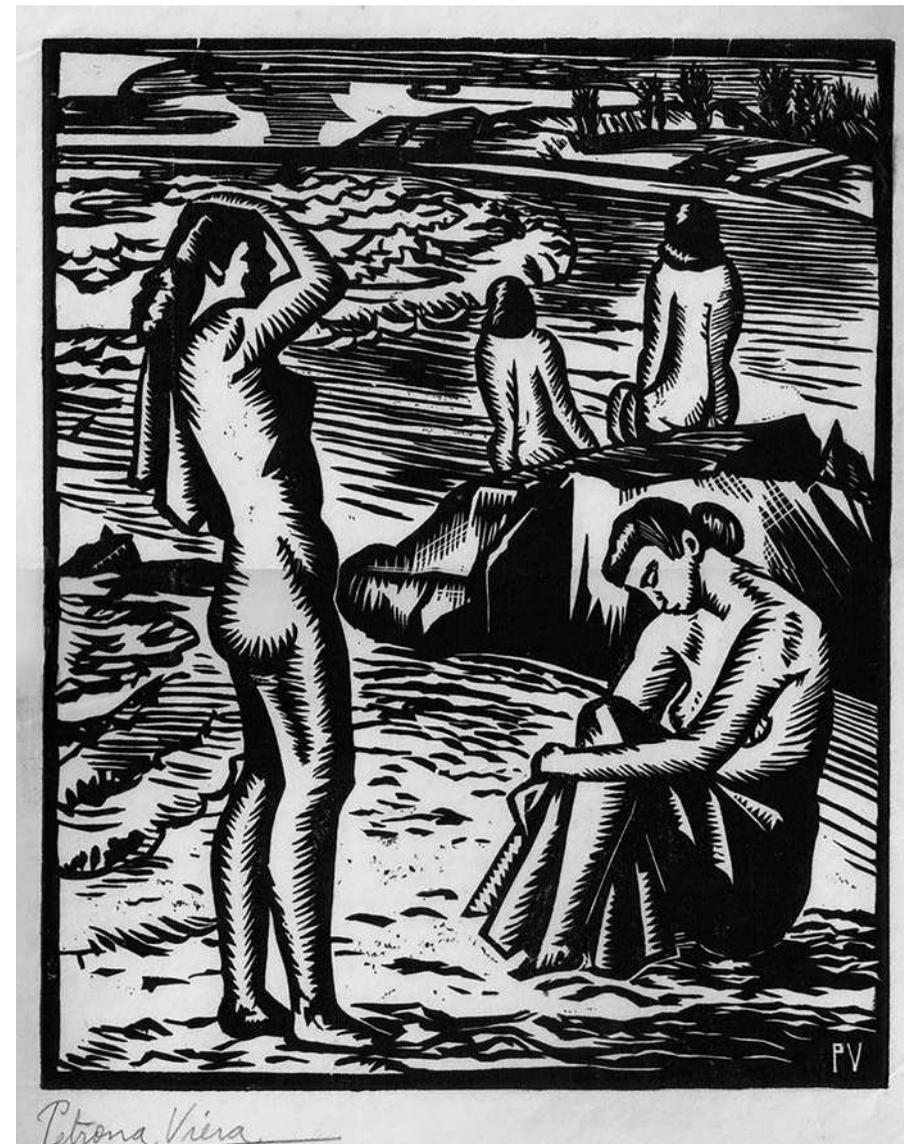
en una Petrona niña que lee los gestos de sus padres y de sus hermanos menores y que hace de esos ademanes su vocabulario. Entra en el mundo leyendo, más que labios, el cuerpo completo de sus familiares. La vista suple al oído; recae en ésta la tarea de articular el andamiaje simbólico que permita relacionarse con los otros.

Pero esto no supone, de ninguna manera, el silencio. Hay una música que es rastreada detrás de este cambio; los movimientos, por ejemplo, provocan su propio sonido. David Wright, poeta sudafricano, quien quedó sordo a la edad de siete años, cuenta en su autobiografía que el viento, cuando sopla y hace mover las copas de los árboles, revela una melodía oculta de las cosas: aunque sabe que no puede escuchar nada,

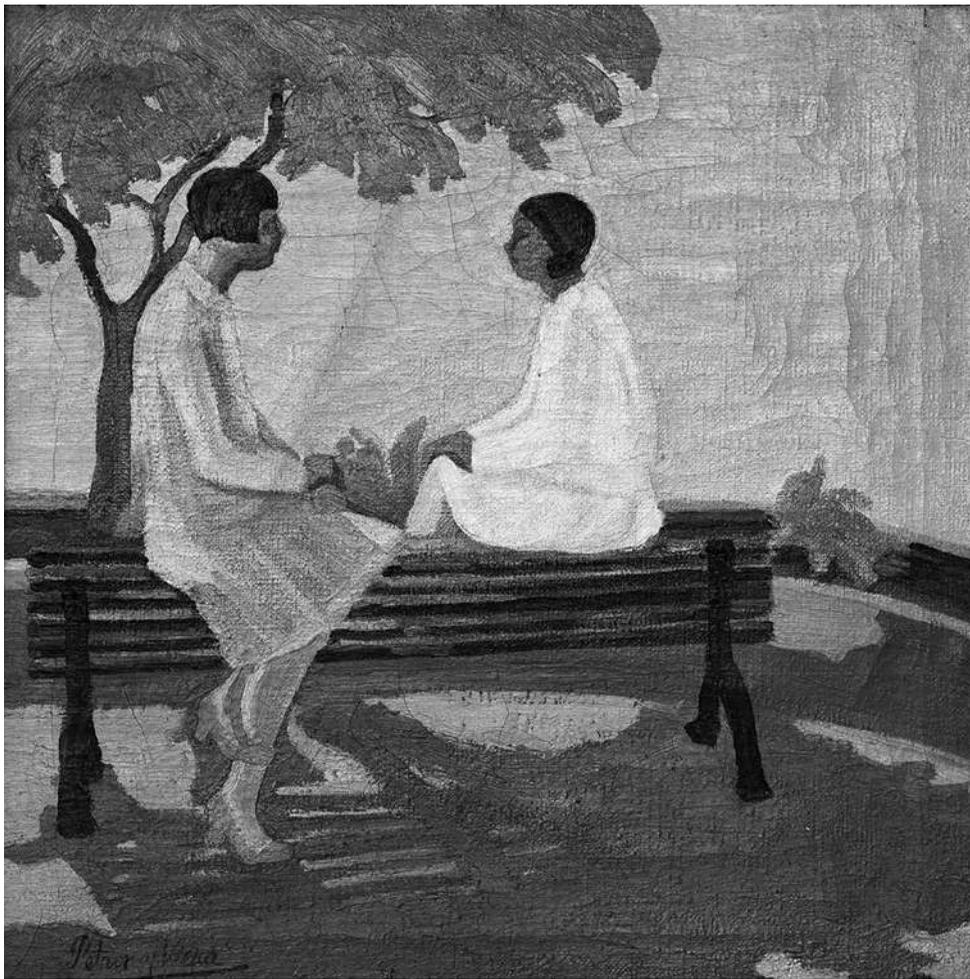
el movimiento de las ramas llegará hasta él como un murmullo. Se da en el mundo, nos explica, una “música visual”.

Sería una exageración de mi parte decir que los cuadros de Petrona Viera están hechos para escucharse. Sin embargo, me parece, existe en algunos de ellos el registro de la música que subyace a todas las cosas. No podría decir —y tampoco sé si importaría saberlo— que ése fue un propósito de la artista. Hay casos excepcionales en la historia de la pintura en que las imágenes suscitan otras sensaciones: térmicas, sonoras u otras. En la contemplación creativa no operaba únicamente el ojo, sino que intervino todo el cuerpo: algunos cuadros no copian o inventan únicamente una escena, recrean un tiempo y un espacio: los prolongan para el futuro.

Miro las pinturas tempranas de Petrona Viera y me encuentro rodeado de la música de su entorno. La intensidad del color, el ritmo de las pinceladas, las escenas mismas, todo evoca el sonido de la vida cotidiana: niños que gritan mientras juegan,



Petrona Viera, *Desnuda, roca y mar*, Colección Museo Nacional de Artes Visuales, Uruguay



Petrona Viera, *El cuentito*, Colección Museo Nacional de Artes Visuales, Uruguay

mujeres que ríen al ver a los niños jugar, grillos que cantan en la profundidad del campo. Las pinturas de Viera suceden todas bajo un sol abrasador, en el reino de la luz, en ese momento del día con mayor sonoridad: el lapso de tiempo que lo mismo despunta y se cierra con el canto de las aves.

Pero hay un par de cuadros específicos que me conmueven. Por su tamaño y por la velocidad con la que parecen haber sido pintados, podríamos pensar que son apenas ejercicios, apuntes para otra imagen. Parece, también, que están pintados del natural; que Viera se encuentra, concentrada y silenciosa, frente a esas personas que retrata. E intenta captar algo. Es cierto que la mayoría de su producción la hizo bajo los principios del planismo, un movimiento que se interesó por los planos grandes de color y por la falta de detalle en sus figuras, ¿pero el desvanecimiento de los rostros en las pinturas de Viera no podría sugerir otra cosa?

Imaginemos, entonces, que Petrona Viera, consciente o inconscientemente, recoge una música en su obra plástica. Cuando colorea un rostro e insinúa una sombra o cuando hace aparecer una luz violeta e improbable en mitad de un semblante, ¿qué busca? ¿Qué apunte es ese? Cuando dibuja el perfil de una mujer y se sugiere en las pinceladas y en el color un temperamento, un tono personal entonado por los ocre de su paleta, ¿qué es lo que resuena en la imagen?

Me inclino sobre el cuadro sin saber qué es exactamente lo que me convoca. Repaso la dirección de las pinceladas y el contraste de los colores. Intento entender lo que sucede en la imagen, entrecierro los ojos y entonces comprendo. De pronto mis ojos aprenden a mirar —¿o a escuchar?— como los ojos de Petrona Viera. Yo también, como ella, intento llegar a esos rostros ajenos. Un rostro desvanecido, me parece entonces, no es un rostro mudo. Lo que me conmueve es imaginar a Petrona Viera intentando capturar la música singular que es el otro.

Puede ser que Viera no escuchara a la gente que la rodeaba, que nunca hubiera escuchado las voces de sus padres o hermanos. Pero es cierto que les veía. Conocía sus semblantes, podía reconocer la forma y el tamaño de sus facciones; mas un rostro no es nunca sólo lo expuesto. Lo que nos trenza al mundo, más que nuestra sola presencia, es ese aire íntimo que surge en nuestro interior y que nos permite llegar hasta los otros. Voz y cuerpo son signos de singularidad; todo cuerpo es cuerpo vocal. Y al estar unidos de tal modo, en el tiempo de la vida, la voz modifica al cuerpo y viceversa. Petrona Viera, pareciera, quiere llegar a esa interioridad a partir de las huellas, busca en el rostro una voz; o mejor, un tono, una forma de ser y de estar. Una tarea, pareciera saber además, que no se hace una sola vez en la vida: quizá por eso estudiara constantemente a los suyos.

En *La imagen que nos falta*, Pascal Quignard relata, según lo recoge Plinio el Viejo en su *Historia Natural*, el origen de la pintura. Una mujer sostiene en su mano izquierda una antorcha y en la derecha un carbón. La silueta de su joven amado, próximo a partir a la guerra, se refleja sobre la pared de la caverna en la que se encuentran. Con el carbón, la mujer dibuja sobre la roca la proyección de la figura de éste. Dice Quignard, la mujer se encuentra enferma de *desiderium*. Esto es, nos explica, siguiendo el origen de la palabra, que se encuentra aquejada por el deseo “de ver a alguien que no está allí”; aunque es cierto, continúa, que su amado se encuentra aún frente a ella. En su anticipación, nos dice Quignard, la mujer define la función de la pintura: “Si el deseo es el apetito de ver al ausente, el arte mira ausente”.

Petrona Viera participa de ese objetivo primero de la pintura. Si leemos sus pinceladas, podemos decir que se acerca decidida, pero cauta, al lienzo: sobrepone capas de pintura en su búsqueda del otro; corrige, suma, limpia. Y el otro no es un otro que ha partido, sino alguien que se encuentra replegado en sí mismo, alguien que se acerca tanto como se aleja. Viera, pensemos, avanza tras algo que, para encontrarlo, no sólo hace falta que el otro se abra y lo comparta, sino que es necesario también estar dispuesto a recibirlo. En sus pinturas donde falta el rostro, lo ausente no son sólo unos rasgos físicos, sino todo lo que hace que una persona sea. Pero también se lee el esfuerzo de querer encontrarlo. En las pinturas en las que falta el rostro no hay, entonces, una carencia intencional: son insistencias, como las que hacemos todos en nuestras relaciones día tras día. Insistencias por comprender y recibir a quienes nos acompañan. Los rostros ausentes, entonces, y como vimos, no hablan de una imposibilidad: Petrona Viera escucha, pero quizá buscara escuchar mejor.

¿No es ésta una invitación para nosotros hoy, que tan poco oímos en medio de tanto ruido? 

# Nativas de las calles:

## al rescate de las plantas originarias del valle de México

ALEJANDRA HERNÁNDEZ OJENDI  
IMÁGENES CORTESÍA DE NATIVAS DE LAS CALLES

EL PROYECTO SURGIÓ DURANTE la pasada coyuntura electoral. No porque Nativas de las calles tuviera relación con partido político o candidato alguno. Simplemente, como una alternativa a los carteles colgados en postes con caras de políticos y a las frases electorales pintadas en bardas. Basura electoral. Era mayo, el mes previo a las elecciones federales en México, cuando Antonio Maravilla, arquitecto paisajista egresado de la UNAM y difusor de esta disciplina en redes sociales, imaginó una Ciudad de México invadida no por propaganda política, sino por ilustraciones de plantas; específicamente de plantas nativas, es decir, propias de la Ciudad y del valle de México: “Fue así como, a través de mis redes sociales, planteé la idea: ¿qué pasaría si en lugar de este tipo de publicidad las calles estuvieran llenas de ilustraciones de plantas nativas? La publicación la realicé a través de X, tuvo un buen alcance y varios ilustradores me contactaron para participar en el proyecto”, cuenta Maravilla en una entrevista realizada a él y al resto del equipo vía correo electrónico.

A partir de esa convocatoria, surgió la iniciativa llamada Nativas de las calles, que busca dar a conocer la diversidad de plantas nativas del valle de México a través de la pega de ilustraciones en espacios públicos; pues “a través de la ilustración se pueden resaltar las características y la belleza que aportan estas especies al paisaje”, comenta Armando. Se trata de especies que nos suelen pasar desapercibidas: no son pomposas ni exuberantes; más bien, se trata de plantas humildes: “Muchas veces vemos a estas especies creciendo en los camellones o calles de la ciudad, pero las desconocemos, son vistas como maleza”, comenta el arquitecto paisajista.



Pronto se sumaron a Nativas de las calles los biólogos Arath Macías y Sofía Probert, con quien Maravilla ya había trabajado en varios proyectos ambientales y de paisajismo urbano. Así, Armando quedó a cargo de la organización y la dirección de objetivos; Arath, quien además se dedica a la divulgación de los helechos, está centrado en las cuestiones botánicas del proyecto, y Sofía, quien también es artista multidisciplinaria, gestiona y revisa las ilustraciones de las plantas, así como la narrativa visual del proyecto.

Hasta ahora, la difusión de Nativas de las calles se ha realizado principalmente por X e Instagram. Si bien el proyecto no tiene cuentas en estas redes sociales, el equipo ha utilizado el hashtag #NativasDeLasCalles para dar a conocer la iniciativa e ir creando una comunidad. “En esas plataformas se realizó la difusión general del proyecto, la convocatoria para la elaboración de ilustraciones y la invitación a la pega colectiva de las impresiones en calles de la Ciudad de México”, comenta Sofía.

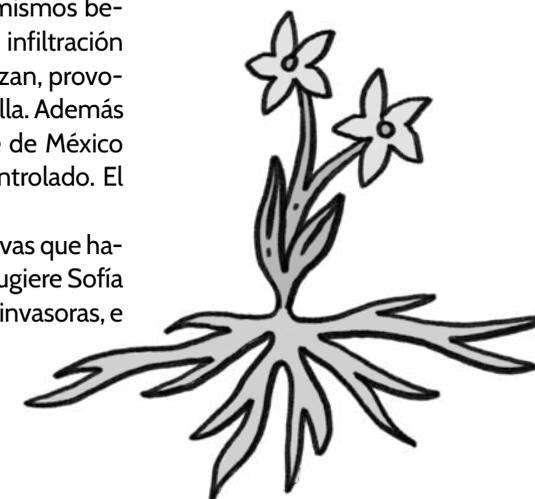
### De nativas y exóticas

No son las más bonitas. Tampoco son regadas con puntualidad o podadas con esmero. No habitan un bello parque o jardín. Las plantas nativas crecen en terrenos baldíos, en las orillas de las banquetas, de las carreteras. Se desarrollan ahí prácticamente contra todo pronóstico. Y no obstante, juegan un papel importantísimo en la conservación de los ecosistemas. “Las plantas nativas son aquellas que se desarrollan en un sitio o zona geográfica en particular. Son importantes debido a que facilitan el crecimiento de otras plantas nativas y atraen fauna nativa; asimismo, permiten la infiltración del agua pluvial y mejoran el suelo de sitios perturbados”, explica Arath. El problema de las plantas exóticas es que invaden ecosistemas, mientras que las nativas crecen en sus propios ecosistemas, sintetiza el biólogo.

Ciertamente, todas las plantas tienen estrategias para sobrevivir en los ambientes donde les ha tocado crecer; sin embargo, no deja de sorprender la resistencia de estas especies: “Las plantas nativas que crecen en la ciudad son capaces de desarrollarse en sitios perturbados, generalmente tienen estructuras que les permiten resistir la sequía, por ejemplo”, comenta Arath. Y añade que generalmente se trata de plantas con flores, que suelen presentarse en banquetas, muros y techos de la ciudad. Como ejemplo menciona a la *Bidens aurea*, conocida como té de milpa, y la *Mirabilis jalapa*, llamada comúnmente maravilla, cuyas raíces les ayudan a resistir la sequía.

De acuerdo con el especialista, las plantas exóticas nos brindan los mismos beneficios que la vegetación en general, como la captura de carbono o la infiltración de agua, pero resultan muy dañinas para la flora nativa porque la desplazan, provocando muchas veces su desaparición, así como la de la fauna asociada a ella. Además —apunta—, muchas de las especies exóticas que se introducen al valle de México suelen ser agresivas; es decir, presentan un crecimiento rápido y descontrolado. El pasto africano y la jacaranda son ejemplo de ello.

Ante este panorama, resulta crucial familiarizarnos con las plantas nativas que habitan nuestro entorno y tomar acciones para conservarlas. Por ejemplo, sugiere Sofía Probert: “Sembrar plantas nativas en nuestras casas, no especies exóticas invasoras, e



ir quitando poco a poco estas últimas, ya que imposibilitan que las primeras crezcan”. Para esto, es clave aprender a identificar las especies nativas y las exóticas, distinguir unas de otras. La apuesta de este proyecto va en este sentido: enseñar a su creciente comunidad a reconocer y nombrar a sus plantas nativas.

### Intervenir las calles

La revaloración de estas plantas es una tendencia presente en disciplinas como el paisajismo urbano: “Desde hace tiempo se ha abierto la conversación sobre los beneficios de utilizar especies de plantas nativas en los proyectos urbanos, así como la recuperación o conservación de las que aún existen en parques, reservas y áreas verdes de la ciudad”, comenta Maravilla. Así, el estudio de estas especies representa todavía un vasto campo por explorar: “Las plantas deben ser utilizadas más allá de su estética, se tienen que estudiar sus beneficios ambientales y su capacidad para establecerse en lugares hostiles. Las especies nativas tienen muchas bondades que aún no han sido exploradas y que representan una oportunidad para tener una ciudad más verde”, asegura el organizador de Nativas de las calles.

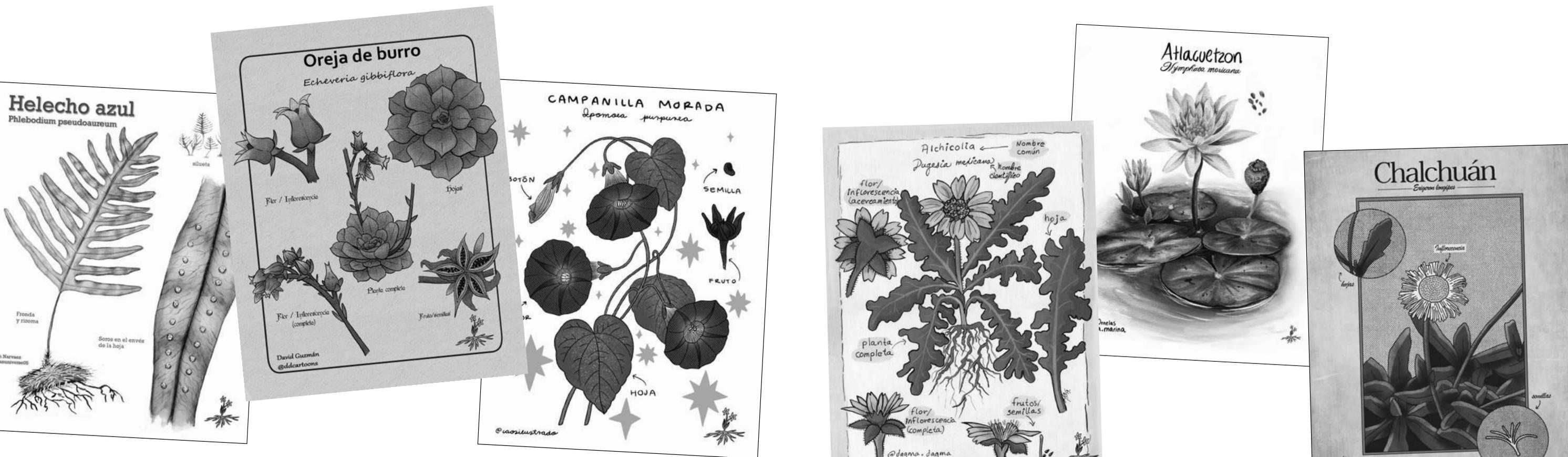
Hasta ahora, la principal acción de este proyecto ha consistido en la pega de ilustraciones de 50 especies nativas el pasado 11 de agosto de 2024 en calles de la alcaldía Coyoacán. Una intervención urbana que se dice fácil pero detrás de la cual ha habido mucho trabajo y colaboración: convocar a ilustradores y a biólogos especialistas, difundir la pega de las ilustraciones y finalmente intervenir con ellas las calles.

Todo con la finalidad de que los habitantes de esos espacios empiecen a conocer las plantas nativas que los circundan y adquirir conciencia de su importancia.

Para lograr la impresión de las ilustraciones se contó con el apoyo de todos los colaboradores de Nativas de las calles y a través de redes sociales se convocó a una donación para apoyar el proyecto. Finalmente, se recaudaron 15 200 pesos, con lo que se pudieron imprimir más de 300 ilustraciones. Entre las especies que se difundieron se encuentran las conocidas como campanilla, dalia silvestre, frijol ayocote, helecho azul, lirio azteca, oreja de burro, siempreviva copalito, toronjil morado y trompetilla. “La respuesta de la gente ha sido enormemente positiva. Nos quieren ayudar a dibujar, a pegar las ilustraciones, a difundir el proyecto. No hay muchas iniciativas así y la gente está interesada en conocer las plantas y hacer de las calles un espacio para conocer más sobre ellas”, comenta Sofía.

Después de la satisfactoria experiencia con la pega de las primeras 50 ilustraciones, Nativas de las calles sigue. No sólo tienen pensada la creación de un sitio web y la elaboración de un libro, también planean seguir tomando las calles a través de la pega de calcomanías: “Esperamos elaborar constantemente nuevas ilustraciones para visibilizar cada vez más especies mexicanas, incluso de territorios fuera del valle de México”, apunta la integrante del equipo.

A fin de cuentas, siempre será preferible encontrarse en los postes y bardas de la ciudad con la imagen de una planta que con la cara de un político. 📌





## El jardín de los ídolos de Georgina Moctezuma

ARIATNA GAMEZ SOTO

Es posible recorrer una ciudad y su historia sin necesidad de encontrarnos físicamente en ella, conocer los elementos que la componen y desentrañar su significado. Las ciudades de nuestro país han sido descritas en distintas obras como *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo o *La región más transparente*, de Carlos Fuentes. Así, siguiendo esta línea de describir las ciudades y reflexionar en torno a ellas, en *El jardín de los ídolos*, libro ganador del Premio Nacional de Ensayo Joven José Luis Martínez en 2022, Georgina Moctezuma acompaña a sus lectores a través de la ciudad de Puebla y sus alrededores.

El libro se compone de cinco ensayos: “El jardín de los ídolos”, “Imaginería ligera”, “Las reliquias”, “Escucho con mis ojos a los muertos” y “Vaciar la casa de mi abuela”. En cada uno de éstos podemos encontrar un misticismo que, aunque intangible, está siempre presente, acompañando los recuerdos de distintas etapas de nuestras vidas. Si bien Puebla capital es la protagonista del libro, encontramos otros temas presentes como el aborto, las relaciones sexoafectivas, la amistad y la infancia.

Pienso en María José Rodilla y su libro *Aquestas son de México las señas (La capital de la Nueva España según los cronistas, poetas y viajeros siglos XVI al XVIII)*, donde la autora plantea que la Ciudad de México está configurada como un palimpsesto y es a través de su arquitectura que podemos develar de manera física las distintas etapas que la han conformado. Esto también es aplicable a la ciudad de Puebla, sin embargo, en



*El jardín de los ídolos*  
Georgina Moctezuma  
Fondo de Cultura Económica  
México, 2023.

la obra de Georgina Moctezuma encontramos otros elementos que también prueban las distintas etapas de una ciudad, como las leyendas de sus habitantes o el significado que damos a los lugares. Al final de “Imaginería ligera” la autora describe su encuentro con un árbol: “Puse mi rostro en su corteza, y después el pecho, las caderas y los muslos. Lo abracé con fuerza y me eché a llorar sobre las heridas de su madera”, así encontramos estas relaciones que formamos con los elementos que componen las ciudades que nos rodean. De este modo, las páginas del libro se convierten en un viaje que se inicia en la época prehispánica, pasa por los tiempos de la colonia y termina en la actualidad, con momentos que van desde la infancia de la autora hasta el terremoto de 2017.

*El jardín de los ídolos* es una reflexión profunda sobre cómo interactuamos con nuestro entorno urbano y cómo éste moldea nuestras vidas y recuerdos. La autora utiliza recursos autobiográficos para poder construir los ensayos y, de cierta manera, pareciera que ella y la ciudad evolucionan al mismo tiempo, ambas marcadas por las personas que las han habitado física o emocionalmente, formadas por distintas capas que podemos observar a lo largo de la lectura. El estilo de Moctezuma permite a los lectores conectar con los lugares y tiempos descritos de manera vívida. Su habilidad para entrelazar lo tangible con lo intangible, lo histórico con lo personal, enriquece la narrativa propuesta en cada ensayo y ofrece una perspectiva novedosa sobre la evolución de Puebla, pero también de ella como persona. 📍



# Una nueva generación poética en Nigeria

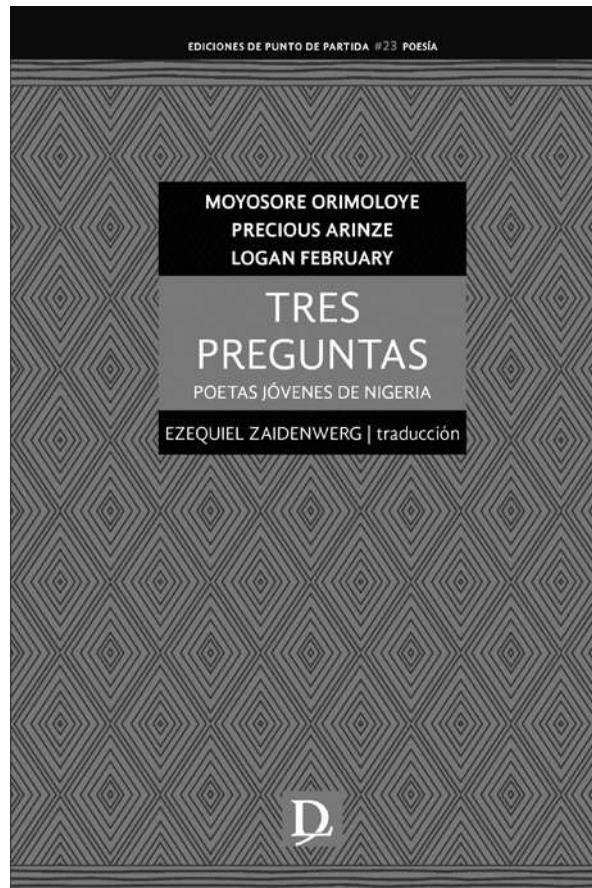
ÁMBAR MICHEL DE LA SELVA

Cuando desde este lado del charco pensamos en África tendemos a imaginar un pedazo de tierra homologado que está al otro lado del planeta. Las noticias que invaden nuestro *feed* de Twitter no son de gran ayuda: miseria, plagas y ataques terroristas; en suma, lugares comunes que no incentivan el interés de los lectores. Dentro de ese vasto continente, rico en diversidad de lenguas y culturas, Nigeria es un país cuya producción literaria —a través de autores como Chinua Achebe (*Todo se desmorona*, 1998), Wole Soyinka (*La muerte y el caballero del rey*, 1994, premio Nobel de literatura en 1986) o más recientemente Chimamanda Ngozi Adichie (*Sobre el duelo*, 2021)— se ha instalado en el panorama editorial internacional. Sin embargo, más allá de estos autores que gozan ya de reconocimiento, existe una nueva ola de escritores y escritoras nigerianas.

Una de las publicaciones más recientes de las Ediciones de Punto de Partida, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), es el libro de poesía titulado *Tres preguntas. Poetas Jóvenes de Nigeria*, traducido, compilado y prologado por Ezequiel Zaidenwerg (Buenos Aires, 1981).

¿De dónde surgió su interés por la poesía nigeriana? El traductor cuenta que, mientras trabajaba como editor en la revista alemana *Berlin Quarterly*, que publica periodismo narrativo, literatura y artes de diversas partes del mundo, recibió el encargo de buscar autores nigerianos. Fue ahí cuando contactó a Moyosore Orimoloye, Precious Arinze y Logan February.

Moyosore Orimoloye (Akure, 1994) quizá sea el menos reconocido de los tres autores; sin embargo,



*Tres preguntas. Poetas jóvenes de Nigeria*  
Moyosore Orimoloye, Precious  
Arinze, Logan February  
Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura  
México, 2021.

su poema “El amor es un truco narrativo pero tu insecticida no” recibió el galardón Babishai Niwe Poetry en 2016. Precisamente el amor es uno de los temas recurrentes en la antología de Zaidenwerg. Ese amor novel que se escapa y regresa, pero que no se agota en el descubrimiento de la sexualidad, en el hambre que deja el anhelo del cuerpo ausente del otro. El erotismo, la pérdida y la ganancia, la tristeza y la alegría, en virtud de la creación poética, cobran matices en donde las contrariedades, lejos de hundirse en la memoria para siempre, se actualizan y se reconocen.

Precious Arinze (Lagos, 1997) nos aporta su perspectiva femenina. Desde esa mirada de carne y hueso, nos habla de las vicisitudes que acontecen en su ciudad. Ésta, víctima ella misma de la gentrificación y la vorágine, es testigo silencioso, pues día a día funge como el espacio donde se ejecutan las distintas violencias machistas contra las mujeres. En ese sentido, para Arinze la poesía es, por una parte, una forma de confrontar las decisiones y vivencias que la han llevado a edificar su hogar en Lagos y, por otra, vehículo de denuncia y bálsamo para las gargantas desgarradas que claman justicia.

Logan February (Anambra, 1999), con apenas 22 años entonces (en 2020 recibió el premio *Future Awards Africa* en Literatura), ya es todo un hito de la denominada “siguiente generación” de la Literatura nigeriana. Y esto es así porque el joven no binarie, a través de una suerte de ejercicio confesionario, aunado a una prosa fresca y transgresora, relaciona conceptos clave del budismo con proverbios y mitos de la cultura yoruba (este grupo etnolingüístico constituye el 30 por ciento de la población de Nigeria) para mostrarle al mundo cómo es vivir una identidad *queer* en África.

Estos tres jóvenes poetas, más allá de compartir un origen geográfico y generacional, tienen en común que trascienden uno de los temas más explorados en la literatura nigeriana: el pasado colonial. Si bien en ellos quedó incrustada hasta la médula la imposición del inglés como lengua de expresión, la terna de poetas nos presenta la otra cara de la moneda, es decir, la reapropiación de la lengua colonizadora como forma de expresión de la identidad nigeriana contemporánea, aunada a su propia lectura de la tradición literaria occidental. Aquí cabe retomar las ya célebres palabras de Adichie: el peligro no sólo radica en contar *una sola historia*, sino también en leer *una sola literatura*.

En esta versión bilingüe podemos deleitarnos con tres voces y tres estilos de poesía bien diferenciados que, a partir del común denominador del juego y la provocación, nos hablan de temas imperantes del mundo en el que vivimos. Tras la lectura de estas contundentes palabras, es imposible permanecer indiferente. Después de todo, Nigeria no es tan distinta y lejana como pensábamos.

Para cerrar, presento un poema de Moyosore Orimoloye cuyo título, como dijimos, da nombre esta antología que, sin duda, es una muestra magistral y bien consolidada de la literatura actual no hegemónica:



## TRES PREGUNTAS

*¿Crees en el amor?*

Sólo porque los vientos  
han azotado una y otra vez mi choza,  
y siempre apareció una desconocida  
trayendo hilo y aguja.  
Tampoco fue el destino el que me puso (a mí y a mi nombre) en tu boca.

*El destino. ¿Qué es el destino para ti?*

Nuestro destino es darnos la mano  
en una habitación repleta de abstracciones.  
Nuestros cuerpos de 83 años,  
bolsas de dolor y medicación crónica,  
debatendo qué hay del otro lado de la laguna de Estigia.

*¿Entonces piensas que nos vamos a morir?*

El tipo en la entrada del mercado  
que vendía brebajes para todos los dolores conocidos por Dios  
y que pedía que lo denunciaran si descubrían que sus curas eran un fraude  
hace cuatro semanas que no aparece.

## TINTA SUELTA



Una versión de esta reseña fue publicada en la revista digital *Altura desprendida*.  
*Miscelánea cultural para Latinoamérica*, en junio de 2022.





• COLABORADORES •



© Norma Briseño

**Diego Montoya**  
(Ciudad de México, 1991). Maestro en Historia del Arte por la UNAM y egresado del Diplomado en Escritura Creativa del INBA. Ha publicado en *Revista Imágenes*, *Aureavisura* y *Blog Librópolis*.  
✉ AChinolli



**Luiyi Kintero**  
(Ciudad de México, 1999). Egresado de la licenciatura de Creación Literaria de la UACM.



**Rafael Ramos**  
(Ciudad de México, 1991). Escribe poesía y narrativa. Ha participado en talleres literarios del Centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia del INBAL y la Escuela de Escritores de México. Se desempeñó durante cinco años como editor.



**Ángela Almendra Almonaci Buendía**  
(Texcoco, 2001). Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFyL UNAM. Ha colaborado en *Punto de partida*, *Red Universitaria de Mujeres Escritoras*, *Espejo Humeante* y *Revista Pluma*.



**Andrea Martínez**  
(Nezahualcóyotl, 1990). Estudió Ciencias de la Comunicación en la FCPyS UNAM. Ha colaborado en el suplemento *Confabulario* y en las revistas *Km Cero* y *Cultura Urbana*.



© Alexa Bathory

**Alfonso Salas**  
(D.F. 1990). Maestro en Historia Internacional por el CIDE y licenciado en Historia por la UNAM. Colaboró en el proyecto editorial *Lado b* entre 2018 y 2020.



**Alejandra Gregorio Zito**  
(Montevideo, 1993). Escritora, actriz y directora teatral. Autora de *Paisajes que insisten* (2024). Ganadora del premio Juan Carlos Onetti por sus obras dramáticas *Aquellos lugares donde* y *Acostarse a la orilla de una tajadura*.



**Jacobo Molina Ruano**  
(Veracruz, 1996). Especialista y maestro en Economía por la DEPE-UNAM. Participó en la Escuela de escritores de la FCA-UNAM. Ha colaborado en *Crisol Acatlán*.



**Julio Yáñez**  
(Ciudad de México, 1999). Estudió la licenciatura en Estudios Latinoamericanos en la FFyL UNAM. Publicó en *Horizontes. Revista de Estudios Latinoamericanos*.



**Mario Ulises Maya Martínez**  
(Guerrero Negro, 1989). Doctor en Psicología Social por la UNAM. Miembro de The International Society for the Study of Creativity and Innovation. En 2023 recibió el Premio Estatal de Poesía José Alberto Peláez Trasviña, por su obra *Ikebana*.  
📧 mariomayamar

• COLABORADORES •



**Celsa Victoria Ortiz**  
(Chihuahua, 2000). Estudiante de Lengua y Literaturas Modernas Francesas y del 4to Diplomado de Escritura Creativa y Crítica Literaria de la UNAM. Formó parte de la antología *Aún queda la noche* (2019).



**Marcos A. Medrano**  
(Ixtapaluca, 1996). Es narrador y poeta. Ha publicado en *Lee +*, *Revista Cardenal*, *Casapaís* y en *Sumergible*, antología de poesía y narrativa de la Universidad de Cuenca y la UNAM. Es autor de *Los ajados* (2021, 2024).



**Ariatna Gamez Soto**  
(Tultitlán, 2001). Egresada de la licenciatura en Lengua y Literatura Modernas Italianas de la UNAM. Ha publicado en *Círculo de Poesía*, *Ágora*, *Punto en Línea* e *Irradiación*. Fue becaria de la FLM y la UV en el XIV curso de creación literaria para jóvenes.



**Alejandra Hernández Ojendi**  
(Ciudad de México, 1988). Es candidata a maestra en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana. Obtuvo el segundo premio en la categoría de Ensayo en el Concurso 55 de Punto de Partida.

**Rubén Esparza**

(1997). Músico y poeta regiomontano. Ganador del Certamen de Literatura Joven UANL 2023 en Poesía. Sus poemas aparecen en las antologías *Fuego Cansado* (2021) y *Romper el Horizonte* (2024).



**Ana Virgen**

(Villa de Álvarez, 1989). Estudia el doctorado en Física Educativa en el IPN, se desempeña como promotora cultural y forma parte de la Compañía Teatro de Gentiles.



**Erick Rodríguez Díaz**

(Ciudad de México, 1994). Estudia la maestría en Ciencias Sociales y Humanidades en la UAM Cuajimalpa. Le interesan el ensayo, la poesía y las artes plásticas.



**Ámbar Michel de la Selva**

(Ciudad de México, 1992). Estudió Filosofía en la UNAM y Traducción Literaria y Humanística en Ametli-CANIEM. En 2022 participó en el taller de traducción Viceversa en el Colegio Internacional de Traductores Literarios, en Arles, Francia.



📧 ambar\_ololiuqui

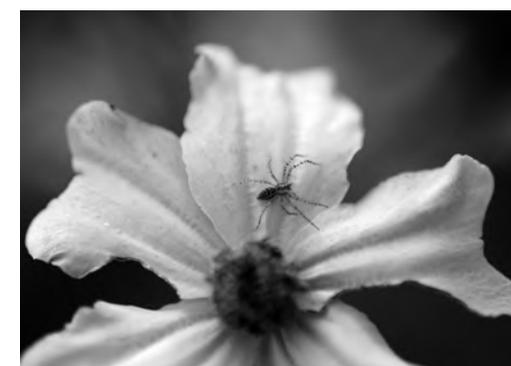
• COLABORADORES •



**Ximena Pimentel**  
(Ciudad de México, 2007). Estudiante de la ENP Plantel No. 6 Antonio Caso. Se especializa en la pintura y el dibujo.  
📧 xim\_pimentel\_



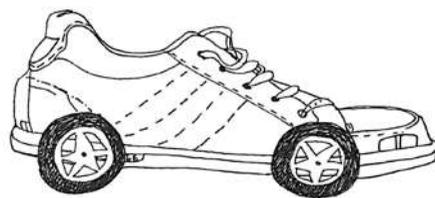
**Gabriela Galindo**  
(Ciudad de México, 1993). Licenciada en Diseño y Comunicación Visual por la UNAM y docente en la FAD, actualmente estudia la licenciatura en Filosofía en la FFyL UNAM.  
📧 moonshaze



• COLABORADORES •



**Carlos López**  
(Ciudad de México, 2003). Estudiante de Administración en la FCA UNAM. Artista independiente, apasionado del arte y la cultura.  
@ carloslopezls



**Isabel Tello**  
(Puebla, 1992). Artista gráfica, muralista y tallerista. Ha expuesto en espacios culturales de Puebla, Chiapas, Oaxaca, Veracruz, Ciudad de México, así como en Francia, Alemania, España, Colombia, Guatemala, El Salvador, Países Bajos, entre otros. Dirige el taller de arte multidisciplinario Sikré.  
@ isabeltellografica

• COLABORADORES •

TINTA SUELTA



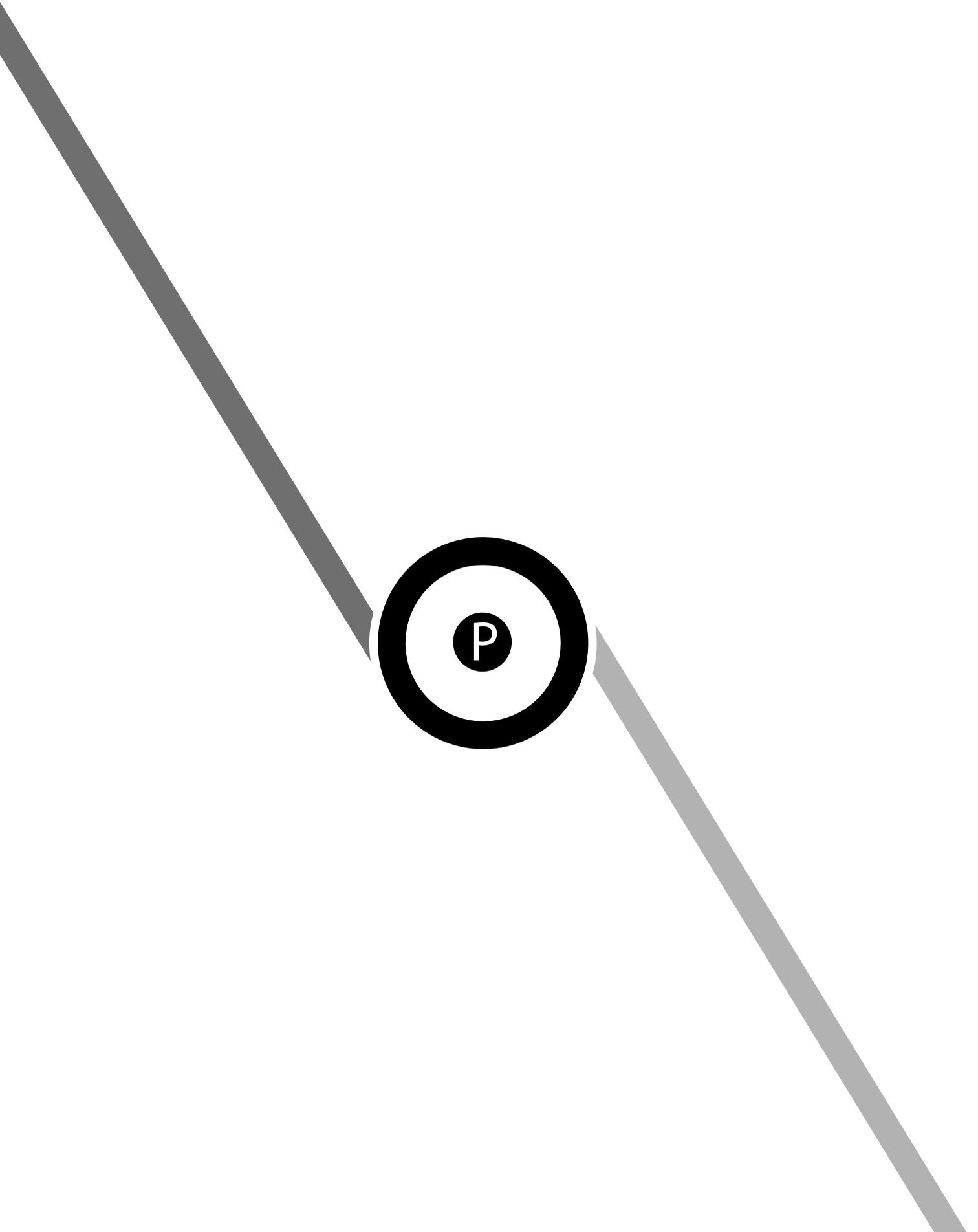
**Karen Fernanda Chávez Torres "Atolito"**  
(Ocotlán, 2001). Estudia Artes plásticas en la BUAP. Participó en residencias artísticas en el IAGO y la Ceiba gráfica, y en la Bienal 2024 en Taiwán. Obtuvo el segundo premio en Narrativa gráfica en el Concurso 55 de Punto de Partida.  
@ Atolito\_18

A CONTRALUZ



**Alejandra García P.**  
(Monterrey, 1992). Ilustradora. Creadora de la marca Sad Eyes Club. Estudió Artes Visuales en The School of the Art Institute of Chicago. Ilustra para diferentes marcas, hace murales y está por publicar su novela gráfica.  
@ sadeyesclub\_







LITERATURA UNAM

